

## ESTUDIOS HISTÓRICOS.



JACOBO MOLAY Y GUIDO DE VIENES EN LA HOGUERA.

### LOS CABALLEROS TEMPLARIOS.

La orden del Templo, lo mismo que todas las órdenes militares, procedía del Cister; su reformador, esto es, San Bernardo, con la misma pluma que comentaba el *Cántico de los cánticos*, redactaba á sus caballeros su reglamento piadoso y austero, que se reducía principalmente al retiro y á defender la santa ley del Crucificado, hasta exhalar el último suspiro: el templario, además de sus tres votos de pobreza, castidad y obediencia, estaba obligado á aceptar el combate siempre que le fuera propuesto, aun cuando tuviese que habérselas con tres á un tiempo; no podía pertenecer á la orden desde el momento en que pedía cuartel, siendo también el regalo y el descanso, una de las cosas mas severamente prohibidas en dicha orden. «Id felices y gozosos, les dice San Bernardo, y con el corazón lleno de

25 de febrero de 1849.

intrepidez en busca de los enemigos de la cruz del Redentor, y estad seguros que Jesus vela por vosotros tanto en vida como en muerte. Por grande que sea el peligro en que os encontréis, decid estas palabras: ¡vivos ó muertos pertenecemos al Señor! Hagamos con las menos palabras posibles el retrato del templario: cabello corto, barba larga y empolvada, su cutis tostado por el sol, mano encallecida y avezada en el manejo de la espada y la lanza: vestían una larga túnica blanca que ceñían á su cuerpo por medio de un cinturón de cuero; capa también blanca con una cruz roja en lo exterior del embozo derecho; espada suspendida por un tahali, y escudo ó pavés, sin otro mote ó divisa que el sagrado símbolo de la redención. Este es el templario, el benéfico y valeroso campeón que recorre impávido los senderos que conducen á los santos lugares, por donde ya el peregrino transita seguro de encontrar un amparo en esta sagrada milicia, vigilante y asidua perseguidora de los sectarios del Alcorán.

TOMO VII.



Todos cuantos escritores se han ocupado de la historia de estos caballeros, se han espresado de una manera vaga é incierta con respecto al año de su fundacion, aun cuando el mayor número conviene en que fué por los años de 1118.

Hugo de Paganis y Godofredo de Saint-Omer en compañía de otros siete caballeros, fueron los primeros que se congregaron al servicio de Dios: Balduino II, entonces rey de Jerusalem, admirado y reconocido á los singulares servicios de esta orden, le concedió una casa ó palacio situado cerca del templo de Salomon, de donde se deriva su nombre de caballeros de la milicia del templo ó templarios. Así permanecieron por espacio de nueve años sin el menor distintivo religioso y sin un reglamento que sirviese de guía á sus prácticas tan benéficas como religiosas; pero convencidos de la necesidad de una regla y del aumento en el personal de la orden, acudieron en demanda de lo primero al patriarca de Jerusalem, quien recurriendo á Honorio II, papa á la sazón, dispuso este que la petición de los templarios se deliberase en concilio. La regla aprobada por esta asamblea de prelados, fué trabajada por San Bernardo, cuyos selenta y dos capítulos compendiamos, procurando no omitir nada de lo mas esencial.

Ningun templario podia entrar en combate sin haber oído misa, y hecho al Señor confesion de sus culpas; pero siendo fácil acontecer que algun hermano estuviese en parage ó situacion donde no pudiera asistir al oficio divino, debía rezar tres padres nuestros, siete por cada una de las horas menores, y nueve por las visperas: si moria algun hermano, oían los templarios una misa con suma devocion y la ofrecian por el alma del caballero difunto, y por espacio de siete dias, rezaban cien padres nuestros á contar desde el momento de su muerte; la ración de comida y bebida que consumia el difunto en vida, se le daba á un pobre por cuarenta dias consecutivos. Era vituperable entre los caballeros templarios oír la misa de pié; comían en refectorio, y si alguna cosa les faltaba ó necesitaban, la pedían por señas ó silenciosamente y con estremada humildad; pues dice el apóstol: «Come tu pan con silencio». Les era permitido comer carne, menos el día de pascua de Natividad, Resurreccion, ó festividad de Nuestra Señora, ó de Todos los Santos; los viernes comían de cuaresma, excepto los enfermos, débiles y flacos. No bien sonaba la campana de oracion, acudían los caballeros á completas, prévia la colacion que quedaba al arbitrio del maestro. Terminadas las completas, dirigíase cada cual á su celda, y hasta el siguiente día no hablaba á sus compañeros; estaban prohibidas en toda ocasion las palabras ociosas y chanceras que promueven la risa. Era siempre el vestido de un mismo color, esto es, blanco ó negro, con holgura y sin supérfluos adornos, y al darle el nuevo, hacían entrega del usado para servicio de los novicios y los pobres. Los fámulos ó sirvientes de los templarios no podían usar la capa blanca, prerogativa que solo era concedida á los caballeros. Pudiendo suceder que alguno de estos deseara por soberbia ú orgullo el mejor vestido, debía castigarle el maestro dándole el peor. Tenían los hermanos templarios cortado el cabello por delante y por detras, así como la barba tampoco podía estar muy crecida, porque esta superfluidad de pelos afea y desfigura el rostro: mucha limpieza interior y esteriormente, se exigía también á los hermanos del Templo, porque dice el Señor: «Sed limpios, pues yo lo soy». No se permitía á ningun templario que tuviese mas de tres caballos, no pudiéndose entrar en la orden sin llevar uno á lo menos. «Luego que me viste, me obedeciste»; dice el salmo 77; por lo que todo caballero debía prestar una sumisa obediencia al maestro, sin replicarle en cuanto le mandase. Era obligacion del maestro ó de aquel que hiciera sus veces, no dejar andar por

la poblacion de noche, á ningun hermano, sino es que pretendia visitar el Santo Sepulcro. Tampoco era lícito á los hermanos usar espuelas de oro ó plata, pero si se las habian regalado, se le daba tal color, que no apareciera la esplendidez de dicho metal. Ningun templario tenia llave en su saco ó maleta, excepto el maestro y los procuradores. Tampoco se permitía á los hermanos escribir á sus padres ó parientes sin licencia del maestro ó procurador, y concedida esta, escribían en su presencia y le leían despues la misiva: si sus parientes le enviaban alguna cosa, no la recibían sin que antes el maestro examinara el donativo ó regalo. Era severamente castigado el caballero poco respetuoso en palabras que referia á sus cofrades sus aventuras galantes, ó el abuso que hizo de las mugeres en su vida militar, debía enmudecer el que oyese, y ausentarse mostrando el disgusto, sino queria hacerse culpable como el narrador de sus juveniles estravíos. Ni era lícito á los hermanos cambiarse sus efectos: les estaba prohibida también la caceria, como cosa de humano deleite. Encareciase mucho el esmero y cuidado que debían prestar á los hermanos que cayesen enfermos. No debía haber entre los hermanos queja ni rencilla, sino clemencia y buena armonia, que así lo aconseja Dios. Los caballeros templarios no podían juntarse con ningun excomulgado: á los consejos que la orden celebraba, no podían asistir todos, sino los idóneos y de sabio y juicioso parecer. No se permitían muchachos en la orden: era preciso cumplir los años que mandaba la regla, y hallándose en disposicion de combatir á los enemigos de Cristo, se le admitía en el número de los caballeros. Se les encargaba sumo respeto y veneracion para con los ancianos, y compadecerse de su flaqueza de cuerpo, auxiliándole en cuanto fuera permitido. El caballero que cometía una culpa, confiábase al maestro y si la callaba no comía con los hermanos á la mesa, sino solo hasta que el maestro determinaba. Dormía cada caballero en su cama, jamás juntos, y tenían solamente un gergon, una sábana y un cobertor: acostábanse siempre con camisa y calzoncillos, y mientras dormían no debía faltar luz que alumbrase hasta el amanecer. Castigábase mucho la murmuracion y la envidia entre los hermanos, y por último se consideraba gran pecado mirar escrupulosamente á las mugeres, besarlas, fuese viuda ó doncella, y aun cuando fuera su propia madre, tia ú otra parienta. Debían huir los hermanos de Cristo de semejantes ósculos, y mantener puras sus conciencias, para lograr la vida eterna del Señor.

A esto se reducen los 72 capítulos de que constaba la regla de los templarios, regla que armoniza perfectamente con el espíritu de la época en que fué concebida. El soldado tiene la gloria, el fraile el descanso; pero el templario no participaba ni de lo uno ni de lo otro, reuniendo únicamente lo que ambas vidas tienen de penoso y duro, esto es, los peligros y los azares del militar, las privaciones y abstinencias de la vida monástica; de suerte, que el ideal de la cruzada, parecia verse circunscrito ó realizado en la orden del Templo. Valientes, acostumbrados á las fatigas y poco medrosos delante del peligro, adquirieron en el mundo una justa reputacion. Cuando se presentaban en los combates, los caballeros templarios, formaban la vanguardia y la retaguardia del ejército, colocando en el centro á los guerreros noveles con el fin de guiarlos y protegerlos, por lo que orgullosamente esclama uno de los soldados de Cristo. «Ampáramos y conducimos á nuestros reclutas como una madre á su tierno y querido hijo.»

Preciso es confesar, que cuantas concesiones se hicieron á esta utilísima institucion, fueron indudablemente merecidas: con efecto, llegaron á obtener con el tiempo los mas latos privilegios. En primer lugar, los templarios no podían ser juzgados mas que por el papa, y por eso se reclamó en muy pocas ocasiones la cooperacion





de una dignidad colocada en un puesto tan distante y elevado: se juzgaban á sí propios, lo que no se extrañaba entonces por la gran fé que todos tenían en su acrisolada lealtad; estaban indemnizados de pagar tributo á ninguna potestad, y tan estensas fueron sus prerogativas, que todos deseaban ansiosamente pertenecer á esta orden, y hasta el mismo Inocencio III quiso afiliarse en ella, y Felipe el Hermoso rey de Francia, lo solicitó en vano.

Los templarios se hallaban repartidos en diferentes ciudades, y las mas antiguas de ellas, de Oriente, estaban ocupadas por los musulmanes exceptuando á Chipre. Las de Occidente eran Portugal, Castilla, Aragon, Francia, la Auvernia con Flandes y los Países Bajos, la Normandia, la Aquitania, Provenza, Inglaterra; la Alta Alemania, Brandeburgo y Bohemia, la Italia, la Pulla y Sicilia. En estas diferentes comarcas, no poseían menos de nueve mil encomiendas, tan pingües y ricas, que se evaluaba su producto en 8.000.000 de libras, (esto es en 418.000.000 de rs.) De treinta mil caballeros de que andando el tiempo llegó á componerse la orden, la mayor parte eran franceses, y generalmente el gran maestro elegido por ellos, tenía el título de príncipe soberano; en guerra los mandaba un mariscal y un gonfalonero, teniendo además un prior en cada provincia, de quien dependían otros priores y los comendadores. Además de las concesiones poco antes referidas, gozaban los templarios de otros privilegios que obtuvieron en virtud de sus importantes servicios en la santa causa. Don Alfonso el Batallador les legó el reino de Aragon, cuya imprudente generosidad, ocasionó no poco descontento entre los grandes, que se opusieron abiertamente á semejante liberalidad; poseían en el reino de Valencia diez y siete plazas fuertes, y Felipe el Hermoso se espresó del siguiente modo con respecto á los templarios.

«Las obras piadosas, la generosa liberalidad que se practica en todo el mundo y en todos los tiempos por la santa orden de los Templarios, establecida ha muchos años por la autoridad divina: el valor de estos caballeros, que es preciso estimular hacia la peligrosa defensa de la Tierra Santa, nos inducen á darla mas grande proteccion á esta orden y sus caballeros, sea cualquiera el lugar de nuestro reino en que se hallen, y á distinguir por un favor especial á esta sagrada corporacion que sinceramente amamos.»

Manifestados ya los privilegios que gozaban los templarios, y la justa estimacion que el pueblo y los soberanos de Europa les tributaban, no sera ocioso consignar ahora los principales servicios que prestó esta sagrada milicia en los reinos de Aragon, Castilla, Mallorca, Portugal y otras comarcas de España en defensa de la religion católica.

Sabido es que por esta época los mahometanos habian invadido las Andalucías, Algarbe, Valencia y Murcia; pero estos invasores encontraron casi siempre en sus hostiles empresas, un temible obstáculo en los militares del Templo: estos caballeros acompañaron al rey don Alfonso VIII para cooperar con sus armas en la conquista de Cuenca por los años de 1176. No admite duda que asistieron con honor y valentia á la célebre batalla de las Navas de Tolosa, y en testimonio de nuestro aserto, citemos las palabras del padre Juan de Mariana, al hablar de tan memorable jornada: «El día tercero, que fué lunes á diez y seis del mes de julio, los nuestros resueltos de presentar la batalla, al amanecer, confesados y comulgados ordenaron sus batallas, en guisa de pelear. En la vanguardia iba por capitán don Diego de Haro. Del escuadron de en medio tenía cuidado don Gonzalo Nuñez, y con él otros caballeros templarios y de las demas órdenes y milicias sagradas.» Mas adelante se espresa en estos términos: «Los del escua-

dron de en medio (en el que se hallaban los templarios) y cuerpo de la batalla fueron los primeros á acometer.» Y en el capitulo siguiente dice: «Halláronse en esta guerra los obispos Tello de Palencia, Rodrigo de Sigüenza, Menendo de Osma, Pedro de Avila, Domingo de Plasencia, García Frontino de Tarazona, Berengario de Barcelona: el número de los grandes no se podia contar, los maestros de las órdenes, Arias de Santiago, Rodrigo Diaz de Calatrava, Gomez Ramirez de los templarios etc.

Despues de esta victoria obtuvieron otras de no menor importancia contra los infieles. Tambien acompañaron al santo rey don Fernando III para efectuar la toma de Sevilla, en la que se distinguieron de una manera notable en tan gloriosa conquista, no siendo menores los trofeos que alcanzaron poco despues dichos caballeros en las fronteras de los reinos de Aragon y de Valencia, peleando contra los moros. Igualmente auxiliaron á don Pedro II en la toma de los castillos de Adamur, Castelfabíl y Sertella, situados en el reino de Valencia, y ocupados á la sazón por los infieles. Asegura Zurita, que se distinguieron mucho en la conquista de las islas Baleares por los años de 1229, reinando don Jaime, rey de Aragon y Cataluña. Conquistada Mallorca y las demas islas Baleares por don Jaime, quiere en seguida apoderarse de todo el reino de Valencia, y declaran la guerra á Zeán, rey moro que le ocupaba; apodérase de la plaza de Morella el año de 1229, y luego resuelve que para el mes de mayo del siguiente año, el maestro del Templo con sus soldados acuda á Teruel y esté pronto para seguirle en la conquista. Con efecto, juntanse los caballeros templarios en Teruel, dirigen á talar el valle de Segor; llegan á las cercanías de Murviedro, y al emprender la retirada se ven acometidos por los musulmanes que les cortan el paso, pero llegó tan á tiempo don Jaime á su socorro, que los libró del grande riesgo en que se encontraban. Reunidas todas las tropas se encaminan sobre el castillo y villa de Barriana, de cuya fortaleza se apoderó, merced al valor de los templarios, á mediados de junio de 1233. Por último, don Jaime marchó á poner sitio á Valencia, y con la cooperacion de los templarios de España, de cierto número de franceses y no pocos ingleses, logró hacerse dueño de la ciudad el 28 de setiembre de 1238, vispera de San Miguel. La misma torre donde se había enarbolado el estandarte real de los mahometanos, se convirtió en casa de religion del Templo. Mucho mas pudiéramos decir acerca de los importantes servicios que prestaron en España los templarios; pero seria fatigar demasiado la atencion de nuestros lectores y excedernos de los límites convenientes.

## II.

Vamos á ocuparnos ahora de la destrucccion de esta orden. Lejos de nosotros la idea de vindicar la conducta de sus perseguidores, por culpables que aparezcan estos caballeros, sus mismo enemigos han hecho involuntariamente su defensa, esponiéndolos á horribles tormentos para arrancar de sus labios vergonzosas confesiones; confesiones hechas quizás para aplacar los rigores de la tortura. Sin embargo, fuerza es decir que hasta cierto punto no pudo probarse la inocencia de los templarios: al contrario, nada mas natural y verosímil que la relajacion de la orden: los privilegios, las riquezas de que gozaba, fueron unos de los mas fuertes estímulos para que los hijos segundos de las familias mas distinguidas de Europa desearan afiliarse á esta milicia, no para defender la Tierra Santa y á los peregrinos, sino para disfrutar una vida ociosa y rodeada de infinitos goces; y hé aqui precisamente el origen de la corrupcion de sus costumbres. ¿Qué otra cosa podia esperarse de una juventud vehemente con estremo afecta á las aventuras, las que corrían lejos de la cristiandad, y con



mucha frecuencia, separada de sus gefes inmediatos? La corrupcion en una orden se establece por mutua y táctica conveniencia: los templarios llegaron a suscitar disturbios en Palestina declarándose rivales de los hospitalarios: se aliaron con el Viejo de la Montaña; socorrieron a un sultan fugitivo; pelearon contra los reinos cristianos de Chipre y de Antioquia, dispararon flechas contra el sepulcro de Cristo, y no quisieron contribuir al rescate de San Luis. Luego que la Tierra Santa cayó en poder de los turcos, la orden de los templarios fué considerada como una institucion inútil y como se hallaron ociosos estos militares, se corrompieron mas aun, celebrando orgias y ejecutando desórdenes de suma gravedad, de que quedaban despues impunes. Era un proverbio general de aquellos tiempos decir al que disfrutaba una vida ociosa y glotona «goza mas que un templario.»

Pero todos estos desórdenes, de seguro, no hubieran ocasionado su destruccion; el clero los hubiese ocultado y dispensado, como otros muchos desórdenes cometidos por los eclesiásticos de aquel tiempo. Entonces, ¿quién destruyó a los templarios? Sus riquezas, el excesivo poder que iban teniendo; este fué su crimen mas imperdonable. A medida que disminuía el fervor hacia la guerra santa y que se convocaban menos cruzadas, el templario obtenia mas concesiones, mas ventajas; eran innumerables los afiliados a esta orden, y una corporacion tan numerosa solo estaba obligada a pagar dos ó tres direros por año, aun cuando condujo desde la Tierra Santa a Francia, ciento cincuenta mil florines de oro y diez cargas de plata. Con semejantes riquezas, parecia de todo punto imposible que los templarios se manifestasen humildes delante de cualquier soberano por poderoso que fuese. Ricardo Corazon de Leon dijo estas palabras poco antes de espirar. «Lego mi avaricia a los monges del Cister, mi lujuria a los frailes grises, y mi soberbia a los templarios.» Si esta respetable milicia, lejos de indisponerse con los hospitalarios, se hubiera unido a ellos, ningun rey del mundo los hubiese podido derribar. Contaban los templarios en su seno las familias mas ricas y nobles de Europa; eran soldados agueridos, en medio de un pueblo que ya habia dejado de serlo, tan inteligentes y activos, como pesada é inerte la caballeria feudal; por todas partes se los veia cabalgar sobre magnificos corceles árabes, seguidos de escuderos, pages y esclavos negros: es verdad que no podian variar de traje, pero en cambio tenian preciosas armaduras orientales de fino temple; tampoco desconocian su poder cuando en Inglaterra se atrevieron a decir al mismo Enrique III. «Mandareis mientras tanto seais justo.» Esta frase puesta en la boca de un templario era una amenaza.

Ninguna de estas circunstancias ignoraba Felipe el Hermoso, cuyo principe los aborrecia de muerte y anhelaba su exterminio. Esforzabase cuanto podia en consolidar su mando soberano; era amigo de ejercer un poder sin limites, y no podia mirar con indiferencia que los templarios no estuviesen bajo el peso de su absoluta potestad. Estos caballeros habian salvado la vida de Felipe en un motin, y el monarca se veia obligado a mostrarse reconocido: habia solicitado pertenecer a la orden, y los templarios no quisieron admitirle en ella, y por último, los odiaba porque poseian inmensas riquezas, riquezas de que él carecia, y que necesitaba mas que nunca, porque los pasados disturbios de su reino le habian arruinado. En su consecuencia, resolvió derribar a los templarios y apoderarse de sus bienes, y no estará demas que manifestemos los elementos que a su favor tenia para llevar a efecto su siniestro plan.

En primer lugar los hospitalarios, y con ellos todas las demas ordenes monasticas eran enemigos encarnizados del Templo, cuyo poder envidiaban; los capciosos legis-

tas estaban por naturaleza en abierta hostilidad con los templarios porque odiaban a la nobleza y a los caballeros; el pueblo no se mostraba menos enemigo de estos militares, por los rumores, casi siempre exagerados que se propagaron en descrédito de los templarios, y últimamente, encontró Felipe varios de estos que revelaron sus torpezas y sus ambiciosos proyectos. Los primeros denunciadores de las maldades que se imputaban a esta milicia, fueron dos caballeros de la orden, el prior de Tolosa, y Nofó, foragido de Florencia, que condenados por los mismos templarios a prision perpétua por ciertos delitos que cometieron, lograron fugarse y resentidos del castigo, intentaron vengarse, declarando a Felipe el Hermoso, «que los hermanos del Templo (1), cuando se afiliaban en esta religion, renegaban de Cristo, de la Virgen y de todos los santos y santas del cielo; negaban que habian de ser salvos por Cristo, no creyendo que fuese Dios Todopoderoso: añadian, que en la cruz no habia hecho otra cosa que pagar la pena de sus pecados: escupian la cruz y la imágen del Salvador; y para que fuese mayor la afrenta dijeron que la pisoteaban. Que los sacerdotes de esta orden no proferian las místicas palabras de la Consagracion cuando celebraban el sacrificio de la misa, pues aseguraban que tales ritos eran cosas ficticias, é invenciones humanas, y por consiguiente de ningun provecho. Que el maestre de su religion se habia atribuido la potestad exclusiva de perdonar y absolver todos los pecados de sus subordinados del Templo: que tenian un gato a quien veneraban de rodillas, como cosa venida del cielo y llena de divinidad; que ademas guardaban un idolo de tres cabezas a quien rendian idénticos homenajes, y del que esperaban todos los bienes. Que se besaban mutuamente las partes mas feas é impúdicas de sus cuerpos, y que hacian alarde de no necesitar mugeres para satisfacer sus torpes y brutales apetitos.»

A nuestro modo de ver, semejantes acusaciones, son hasta cierto punto absurdas y calumniosas, visto la mala fé de los delatores, sus antecedentes nada favorables, y el respetable testimonio de muchos escritores de aquel tiempo que toman enérgicamente la defensa de los acusados. Los templarios se corrompieron, eso es indudable, pero no pudieron nunca llegar a tal grado de perversión. No obstante, el monarca de Francia iba encontrando medios que favorecian sus proyectos ambiciosos, y aun cuando él mismo no creyese estas imputaciones, se hallaba en el caso de aparecer crédulo en el asunto, que tarde ó temprano debia darle el fruto sazonado que tanto ambicionaba.

Sin embargo, Felipe el Hermoso vacilaba en su determinacion, y casi se encontró dispuesto a solicitar nuevamente entrar en la orden. Su confesor, que era fraile dominico, y aborrecia a los templarios, y deseaba su exterminio, preguntó mañosamente al soberano la causa de esta nueva determinacion. «¿Siento en la orden, respondió, me nombrarán ó haré que me nombren maestro como Fernando el Católico en España, y los bienes del Templo, tendrán entonces la aplicacion que me acomode, y no tengo necesidad de destruir la orden.» El dominico convenció al rey de que se esponia a otro desaire, porque los militares del Templo, eran demasiado sagaces para no comprender los intentos del soberano. Estas y otras razones no menos convincentes persuadieron a Felipe de que era preciso acabar de una vez con los templarios y prosiguió maquinando contra ellos.

La primer tentativa del rey fué escribir una carta al gran maestre Jacobo de Molay, que a la sazón se hallaba en Chipre haciendo la guerra a los turcos.

«Jacobó, le decia el rey, S. S. Clemente V y yo hemos convenido hacer una importante reforma en la

(1) En esta relacion seguimos a Mariana.



orden de los templarios de que sois digno maestro; re-forma conveniente al bien y prosperidad de la orden, de la nacion y de los caballeros hospitalarios á los que es indispensable uniros, á fin de dar mas fuerza, union y vigor, á los defensores del que murió en la cruz por redimirnos. Apresurad la venida, maestro, pues la reina ha dado á luz una infanta, y es mi real voluntad que seais su padrino de bautismo.»

Jacobo de Molay, caballero de Borgoña, antiguo y valiente soldado, que acababa de adquirir en Oriente muchos trofeos en los últimos combates que dieron los cristianos, respondió á la misiva de Felipe, de la manera siguiente:

«Señor; no es mi intencion dejar de acudir á vuestro llamamiento; iré á donde os hallais, y con el debido respeto me pondré en vuestra presencia. Pero sabed de antemano, que San Luis propuso tambien en cierta época la reunion de las dos órdenes que en vuestra anterior misiva me indicais. El rey de España no quiso consentir en esta reunion. Por otra parte, para que los hospitalarios y templarios formasen una sola corporacion, seria menester que aquellos variasen mucho sus costumbres, pues ya sabeis, que el templario se fundó exclusivamente para guerrear. Hay mucha gente que quieren despojar de sus bienes á los religiosos en vez de dárselos; pero si se verifica la reunion de las dos órdenes, esta religion llegará á ser tan poderosa, que podrá defender sus derechos contra todos los que pretenden atacarlos, por lo demas iré de muy buena voluntad á recibir el titulo de padrino con que habeis querido honrarme.»

Molay, ageno enteramente del lazo que le tendian, pasó á Paris acompañado de sesenta caballeros y llevando un tesoro considerable. Felipe, con el objeto de no inspirar en su ánimo la mas leve sospecha de traicion, le recibió con finas demostraciones, y le agasajó; cumplió su palabra de hacerle padrino de la infanta, y decretó nuevas concesiones en beneficio de la sagrada milicia del Templo; pero una vez combinado el plan, y resuelta la perdicion de la orden, mandó prender en un mismo día á Molay y á todos los caballeros residentes en Francia, y acto continuo mandó secuestrar sus bienes, punto capital y verdadero origen de este proceder.

Cuando Clemente V supo lo que el rey acababa de ejecutar contra los templarios, no pudo contener su indignacion, porque «Felipe, decia, no puede ser juez competente, para proceder á semejantes determinaciones, sino la Santa Sede.» La cólera le hizo olvidar su mansedumbre acostumbrada, y la triste y precaria posicion en que á la sazón se hallaba; esto es dependiente de la corona de Francia. Suspendió el poder ejecutivo de los jueces ordinarios, el de los arzobispos, obispos, y hasta el de los inquisidores. Pero Felipe el Hermoso, mas indignado todavía, escribió al papa.

«Padre Santo: Dios aborrece la lentitud; la tibieza y pusilanimidad que demostrais, son una especie de convivencia con el crimen de los acusados, y el papa, mas que contener, debe escitar á los obispos. Sería una injuria imperdonable despojar á los prelados del ministerio que Dios les ha concedido. ¿Cuándo se hicieron acreedores á semejante ultraje? Deben soportarle? El rey no puede tampoco tolerarle sin violentar su juramento.... Santo padre: en materias de fé, dependeis de las decisiones de vuestros predecesores, y no es difícil que alguna vez llegéis á encontraros de hecho en oposicion con los cánones. Si suspendeis á los inquisidores de su jurisdiccion, jamás terminará el asunto. El rey no se ha mezclado en este ruidoso negocio como un simple acusador, sino como un campeón de la fé y defensor de la santa iglesia, de la que debe dar cuenta á Dios.»

Apesar de tan enérgicas manifestaciones, el monarca francés aseguró á Clemente V, que los prisioneros

del Templo serian puestos bajo su pontifical jurisdiccion pero que al mismo tiempo conceptuaba cosa muy oportuna y justa, guardar los bienes de los prisioneros indicados, para aplicarlos al servicio de la Tierra Santa. La promesa del avariento monarca tenia un objeto de no difícil comprension; su intento era alhagar al papa á fin de que devolviera á los obispos é inquisidores los poderes de que antes los habia despojado. Con efecto, envió á Poitiers setenta y dos templarios y dispuso que saliesen de Paris los principales de la orden, mas estos últimos quedaron por mandato suyo, detenidos en Chinon, suponiéndose de que no podian pasar mas adelante porque casi todos habian caído gravemente enfermos. El papa creyó de buena fé esta siniestra impostura y obtuvo únicamente las confesiones de los de Poitiers, al mismo tiempo que levantaba la suspension de los jueces ordinarios; pero reservando á su potestad el juicio de los gefes de la orden. No quedó Felipe muy satisfecho de semejante procedimiento, porque era muy probable que si el proceso de los templarios seguia un curso tan solapado, y se perdonaban las culpas por medio de la absolucion pontificia, el rey entonces no encontraba medios justificables ni decorosos para conservar en su poder los bienes de la orden que con tanta vehemencia deseaba; y por esta razon apeló á medios mas violentos para que no quedase nulo el logro de su espinosa empresa.

Mientras que el papa creia salir triunfante en el asunto con su última determinacion, Felipe no permanecia ocioso, intrigando por medio de su confesor, inquisidor general de Francia, con el objeto de adquirir enemigos para los templarios. Se consiguieron al instante ciento cuarenta confesiones, para lo cual se emplearon horribles tormentos, pues se apeló indistintamente al hierro y al fuego; estas confesiones se propagaron de una manera maravillosa y Clemente desmayó en su propósito, no teniendo ya esperanzas de arreglar un proceso que habia tomado un carácter tan visible de culpabilidad.

Sin embargo, resuelto á sacar todo el partido posible, envió dos cardenales á Chinon, encargados de preguntar á los gefes y al gran maestro si era verdad cuanto habian confesado; los cardenales, bien por que temiesen mas al cetro de Felipe, que al báculo pastoral de Clemente, bien por instigaciones de los adversarios del Templo, persuadieron á los atormentados á que no se retractasen de su confesion, asegurándoles que era el único medio que les quedaba para su salvacion. Los caballeros se resignaron esperanzados en mejorar de situacion; el papa habiendo visto que nonegaban sus confesadas culpas, recurrió al único medio que le quedaba, y fué absolverlos, imponerles cierta penitencia, y recomendarlos á la clemencia del soberano, y creyó cándidamente haberlos salvado.

Tenaz en su propósito Felipe, en 1308, escribió á su primo el rey de Nápoles, escitándole á que prendiese á los templarios de Provenza, lo que fué egecutado inmediatamente; ademas las cartas reales y los sermones de los frailes, aumentaron el odio de los pueblos contra estos caballeros. Se constituyeron en acusadores del Templo veinte y seis principes y señores. Este nuevo incidente favorecia los proyectos de Felipe, quien convencido y casi persuadido del buen éxito, pasó á Poitiers acompañado de un séquito numeroso, compuesto de los procuradores que habia tenido á su lado, y quiso llevar consigo, á fin de que le aconsejasen respecto á las dificultades que pudieran sobrevenir.

En llegando á Poitiers, se encaminó á la morada pontificia, y puesto delante de Clemente, bajando los ojos, cruzando los brazos y postrándose de hinojos, dijo: «Santo padre, yo os adoro y reverencio como á dignidad que procede de Dios: un soberano de la tierra, besa humildemente vuestros pies.» Con efecto, besó los



pies de S. S., pero Clemente, receloso por ciertas revelaciones que tuvo oportunamente, conoció la hipocresía de Felipe, y sospechó que corría un inminente peligro. No ignorando Clemente que el rey tenía necesidad de apelar á medios violentos, y que se trataba nada menos que de mezclar al pontífice en el proceso de los caballeros, quiso apelar a la fuga varias veces, pero siempre fué detenido por los ocultos agentes de Felipe, quien le amenazó de hacer ciertas revelaciones respecto á las intrigas de que fué cómplice en el pontificado anterior, y Clemente, asustado cedió dejando al rey en libertad para que obrase á su antojo.

No obstante, Jacobo Molay, enterado de la trama, exhibió los privilegios de su orden; varios caballeros se constituyeron en defensores suyos. Revelaron la iniquidad del procedimiento y los dolores á que estaban condenados en su prision: digeron que un caballero habia sufrido el tormento por tres veces, y permanecido seis semanas consecutivas en un húmedo calabozo sin tener otro alimento que pan y agua; que á otro le habian colgado por las partes genitales; que á algunos se les habian salido los huesos de los talones, por haberse visto obligados á meterlos pies en el fuego, y que todos los presos habian sufrido el interrogatorio, experimentando dolores crueles, y haciéndoles declarar por medio de artificiosas preguntas, para que confesasen lo que deseaba la ambicion de un monarca avariento y usurpador.

Todo era inútil sin embargo, porque Felipe, seguro ya de la cooperacion del padre santo, dispuso que se acelerasen los procedimientos, y en su consecuencia Felipe de Marigny, arzobispo de Sens, presidió el sínodo de Paris, y condenó á la hoguera á cincuenta y cuatro templarios, como relapsos, es decir, por haberse retractado de sus declaraciones; pero estos desgraciados que fueron quemados á fuego lento, murieron haciendo ver á la multitud la injusticia del procedimiento y su inocencia. Otros nueve caballeros experimentaron poco despues la misma suerte. El día 13 de mayo de 1310 compareció ante los comisarios un caballero templario llamado Emérico de Villars, el Duque; llevaba rapada la barba, sin el manto ni la túnica. Los comisarios le hicieron presente los crímenes de que era acusado. Emérico entonces prorrumpió en un amargo llanto y dándose fuertes golpes de pecho, luego levantando las manos hácia el altar, é hincado de rodillas, exclamó: «Señores comisarios, permita el Dios Todopoderoso á quien he defendido por espacio de veinte y ocho años, lleno de fé y lealtad, que si miento, muera en este instante, trágueme la tierra y llévenme á los infiernos por una eternidad. Todo cuanto se imputa á la orden de los caballeros templarios, es falso; si algunos han confesado sepan que ha sido por el rigor de los tormentos; he visto conducir en carretas á varios de mis hermanos para ser quemados; no se si tendré valor para soportar este horrible suplicio; por lo tanto, estoy dispuesto á jurar delante de los comisarios, los errores que se imputan á la orden, y si es necesario diré que he dado muerte á nuestro Redentor despues de haberle azotado. Rogad, señores comisarios, y notarios, al rey y á sus ministros que no me lleven á la hoguera.»

Clemente V mandó que se procediese en Viena al proceso de los templarios, y cosa estraña, habiendo advertido uno de los miembros de aquella asamblea, lo importante que era convocar y escuchar á los defensores nombrados por los caballeros, el papa, el primer defensor del Templo, le mandó encarcelar y abolió seguídamente la orden de los templarios en toda la cristiandad, como inútil y peligrosa en todos conceptos.

Los templarios fueron condenados en Lombardia y en Toscana; Carlos de Nápoles mandó dar muerte á los provenzales y concedió sus tierras á los hospitalarios; fueron absueltos en Rábena, en Inglaterra los gefes de

esta orden encerrados en otros monasterios; en Portugal se agregaron á la bandera de los caballeros de Cristo y guerrearon en distintos países contra los musulmanes.

En Maguncia; se reunió un concilio de prelados para tratar de los templarios de conformidad con las otras potencias pero un caballero llamado Hugo, seguido de veinte de la misma orden entró con denuedo en el salon en que se celebraba la junta, la que al ver el ademán imponente y amenazante de aquellos caballeros armados, se amedrentó, y uno de la asamblea preguntó el objeto de semejante entrada. Hugo tomó entonces la palabra, y con ánimo resuelto y un tanto altanero se espresó del modo siguiente: «No ignora nuestra Orden sagrada, las injusticias que se cometen en otros países de la cristiandad. Sabemos que la presente reunion tiene por objeto hacernos tambien victimas de infames calumnias é imposturas. Por lo tanto apelamos al Sumo Pontífice sucesor del pusilánime Clemente V, para que se nos haga justicia; pero si mientras tanto se atropellan nuestros fueros, y nuestras invulnerables prerogativas, hay espadas, hay lanzas y corazones cristianos y valerosos en nuestra corporacion que sabrán castigar estos desmanes.» Atemorizada la junta, respondió á los caballeros que marchasen tranquilos, pues conociendo su inocencia, tratarian el asunto de manera que fuesen dados por libres de toda culpa, lo que en efecto sucedió.

Ahora consagraremos algunas líneas respecto á la suerte que experimentaron los caballeros templarios de España.

Clemente espidió letras apostólicas mandando á los arzobispos de Toledo y Santiago que procediesen contra los templarios de Castilla: igual orden recibieron los obispos don Ramon y don Jimeno, el primero de Valencia y el segundo de Zaragoza, efectuándose lo mismo en las demas provincias de España. Grande fué el espanto y la consternacion que alternativamente experimentaron estos caballeros con semejante nueva; pero al mismo tiempo, no pequeño el gozo de las otras órdenes rivales que deseaban el total exterminio de la primera. Don Jaime II dió sus oportunas disposiciones para apresar á los templarios de Aragon; pero estos, noticiosos con antelacion del atentado, acudieron á las armas para defenderse en sus propios castillos y fortalezas. Los mas se hicieron fuertes en Monzon, plaza de muy difícil conquista por su posicion topográfica y por la aspereza de sus empinadas cuevas. Don Jaime los sitió con un ejército no escaso, y á pesar de la tenaz resistencia de los encerrados, terminó la lucha viéndose estos obligados á sucumbir; y en seguida fueron puestos á buen recaudo en seguras prisiones y cargados de hierros.

En Castilla no hicieron la misma resistencia: don Gonzalo, arzobispo de Toledo citó á Rodrigo Ibañez comendador mayor ó maestre de la orden y á todos sus caballeros, para que compareciesen á juicio, al que acudieron sumisos; pero sin embargo, el rey, que lo era entonces de Castilla don Fernando IV el Emplazado, dispuso que fueran puestos en prision los caballeros, y declaró sus bienes en tercera en poder de los obispos hasta que se averiguase la inocencia ó culpabilidad de la orden. A consecuencia de esta determinacion se celebró un concilio en Salamanca, en el que se hallaron los prelados mas distinguidos de España (1). Despues de examinado el proceso, previas las oportunas confesiones de los ca-

(1) Rodrigo, arzobispo de Santiago; Juan, obispo de Lisboa; Vasco, obispo de Guardia; Gonzalo, de Zamora; Pedro, de Avila; Alonso, de Ciudad-Rodrigo; Domingo, de Plasencia; Rodrigo, de Mondoñedo; Alonso, de Astorga; y Juan, de Tuy; y otro Juan, obispo de Lugo. — MARIANA. Lib. XV, cap. X.



balleros, se declararon libres de todo delito á los templarios de Leon y de Castilla, cuya favorable resolución pasó á la superior inspección del Sumo Pontífice, quien no obstante las evidentes pruebas que veía de inocencia en los acusados, decretó que se verificase la extinción de dicha orden como en todas partes. En virtud de este decreto, los bienes de los templarios de Castilla pasaron al dominio de don Fernando (1); pero los que poseían los de Aragon se respetaron, con los cuales se formó una nueva orden militar llamada de Santa Maria de Montesa.

El orden cronológico que es necesario guardar en este género de escritos nos obliga á trasladarnos otra vez á Francia, para decir, que mientras tanto acontecia en España lo referido, el gran maestro Molay y otros tres caballeros continuaban sufriendo las penalidades de una prolongada prision.

Tres comisarios pontificales se acercaron á los prisioneros y pusieron en su conocimiento que estaban condenados á perpétuo encarcamiento: entonces Molay y otro caballero de nombre Guido de Vienes, dijeron que era inocente la orden de cuanto se la acusaba, y Felipe mandó en su consecuencia que fuesen conducidos á la hoguera los dos relapsos que protestaban su inculpabilidad.

Con efecto, el día 18 de marzo de 1314 subieron á la hoguera con un valor que no desmintieron hasta que exhalaron el último suspiro; puestos sobre el suplicio, dicen que habló Molay de esta manera. «Franceses, escuchad; nada mas respetable y solemne que los postres instantes de un hombre que va bien pronto á comparecer ante la Potestad Divina: en tal estado no hay ocasion de mentir; por lo tanto, niego, juro por cuanto sagrado existe, que se ha calumniado á la orden del Templo: únicamente yo merezco la muerte por haber acusado falsamente á mi orden, imputándole delitos que jamás cometió. ¡Cuanto me pesa, Dios mio! Ruego encarecidamente al Señor que me perdone; juntamente suplico que el castigo de mi culpa sea mas grave que el de los demas, si es que por este medio ha de aplacarse la ira del cielo contra mí. La vida, ni la quiero ni la he menester, ya que la veo mancillada con tan grave maldad.» Este último discurso de Molay fué acompañado de un emplazamiento ante el tribunal de Dios, en el que aseguró que al año comparecería el rey; y el papa á los cuarenta días: La tradicion del pueblo es que dicho emplazamiento llegó á verificarse.

### III.

Cuando el poder oculta los procedimientos, da origen á que el pueblo sospeche de su justicia: esto precisamente sucedió respecto á Felipe, Clemente y los demas que trabajaron en la destruccion de los templarios. Por otra parte, la muerte dada á Molay y á su compañero Guido, fué un verdadero asesinato, no solo de todo punto inútil, sino hasta infame; no es extraño entonces que de aquí naciera la incertidumbre acerca de la culpabilidad de estos desgraciados caballeros, que lo general del pueblo dudara, y que las personas sensatas, entendidas y dadas al análisis de las cosas, se convencieran de la injusticia.

El rey que antes habia reunido un concilio que con-

denó á cincuenta y cuatro caballeros, en esta ocasion se negó abiertamente á que se diera al proceso de Molay y su compañero la mas leve apariencia de derecho, y únicamente empleó la fuerza para que cuanto antes se procediese á su ejecucion: la negacion del gran maestro la consideró sin duda como un ultrage personal como un insulto á su monarquía tan comprometida en este ruidoso asunto. Pero cómo explicar por otra parte, la conducta del gran maestro, ora aprobando y concediendo cuanto se imputaba á su orden, ora negando con entereza y valor? Esta alternativa, nada provechosa para el proceso, le disculpaba hasta cierto punto, pues en el primer caso creyó tal vez que esto modificaria favorablemente el estado del proceso; así que, cuando contempla, que no es posible la salvacion de la orden y que solamente él puede libertarse del suplicio se resuelve á morir y á dar un público testimonio de fidelidad caballeresca en honor de su orden villanamente calumniada. El antiguo caballero perece atado á un palo y entre las llamas de la hoguera, pero diciendo al pueblo «aquí muere mártir é inocente el último defensor de los templarios.»

Por otra parte; de cualquier modo que miremos la conducta de estos caballeros, aun suponiendo que fuera cierto cuanto de ella se dijo, Jacobo Molay es digno de nuestras mayores simpatías, y cumplió con heroismo su mision en la tierra. Como hombre, en tal supuesto, pudo confesar arrepentido y humilde; pero como gran maestro debió decir públicamente, que la sagrada milicia no era culpada del crimen atroz de que se la creía capaz.

Sin embargo, en época no muy remota, en 1613, Pedro Du Puy publicó varios documentos relativos al proceso de los templarios, y en el exámen que de ellos hace, se esfuerza cuanto puede con el objeto de disculpar á Felipe el Hermoso. «Los grandes príncipes, dice, tienen no sé qué desgracia, que va casi siempre acompañada de sus mejores obras, dignas de mayor realce, por la circunstancia de ser mal interpretadas y tomadas en el peor sentido por aquellos que ignoran el origen de las cosas, etc.»

Es muy probable que los templarios cometieran crímenes mas ó menos graves: repetimos, sin temor de equivocarnos, que sus delitos se exageraron á un grado que no conoce limites; y teniendo presente por otro lado, el aspecto decadente de la monarquía de Felipe, y su escensiva ambicion, es indudable que las riquezas del Templo fueron el principal agente de su exterminio. Después de estinguida la orden, es decir, cuando ya no existían medios de reparar estos errores, aparecieron documentos originales que hicieron patente la iniquidad de los jueces.

Si algunos de nuestros lectores desean mas estension en los pormenores de este ruidoso acontecimiento, pueden ver la obra titulada *Monumentos históricos relativos á la condenacion de los templarios*, por Mr. Raynouard, de la que sacó asunto para su tragedia de *Los templarios*, que tuvo en Francia mucha voga, y no menor en España á pesar de estar detestablemente traducida al castellano, no sabemos por quien. Bossuet habla tambien de los templarios; el padre Lejarne ha escrito una *Historia apologética de los templarios*, (1789, 2 tomos en 4.º) Millard de Chambure, ha publicado los estatutos de esta Orden en 1840. Zurita, Feyjoo, Mariana, el Abad Fleuri en su *Historia eclesiástica* y otros escritores españoles hablan tambien de los templarios aun cuando nunca con la estension que los escritores franceses.

Terminemos, pues, nuestra tarea, no disculpando á los templarios enteramente, pero tampoco vituperándolos al extremo que lo han verificado otros autores, que bien no han analizado el asunto con la madurez que de suyo merece, ó que no han querido hacerlo de esta manera por circunstancias de parcialidad ó espíritu de partido.

I. A. BERMEJO.

(1) Pueblos que poseían los templarios: en Galicia á Ponferrada y el Faro; en Leon, Balduerna, Távora, Almansa, Alcañices; en Estremadura á la raya de Portugal, Valencia, Alconeta, Jerez de Badajoz, Fregenal, Nertobriga, Capilla y Caramel; en Andalucía, Palma; en Castilla la Vieja, Villalpando; en Murcia, Caravaca y Alconchel; en Toledo, Montalvan. Además de estos pueblos, San Pedro de la Zarza y Bargañillos, sin contar otras posesiones que por lo dilatado no queremos enumerar.



## ANECDOTAS HISTORICAS.

### EL BREVAGE DE JUANA DE ARCO.



En el tomo 5.º del Museo página 170, pusimos ya un artículo reasumiendo los principales acontecimientos de la vida de esta célebre heroína; la anécdota que sigue no es mas sino una complicación de aquel escrito, pero tan curiosa é interesante que no dudamos ha de agradar á nuestros lectores.

«Yo, procurador, de nombre Javier, natural de Ancenis, cerca de la ciudad de Nantes, hermano de la orden de Santo Domingo en la abadia de Pontarlier, y actualmente camarero del reverendísimo señor Cauchon, obispo de Beauvais, he sido llamado para ver y entender en este asunto. Y lo inscribo en este pergamino como cosa verdadera y digna de fé, á fin de que los hijos de nuestros hijos no lo ignoren y den á cada uno la justicia que merece. En este dia cinco de abril, *Aqua sapientie* (1) el señor obispo me mandó comparecer á su oratorio y me dijo:

—Javier; te encuentras ligado á mi por todos los lazos que hay mas sagrados en la tierra; eres inferior á mi en la orden de los servidores de Dios, y en su consecuencia me debes respeto y sumision; te encuentras ligado á mi, por la sangre, puesto que tu madre era la hermana de mi padre, y en este concepto tambien me debes amistad y adhesion; hasta ahora me has manifestado estos sentimientos con sinceridad y buena fé, y yo te he escogido para recompensarte por ello. Voy á darte parte de un secreto que nos hará mas poderosos que los reyes de la tierra, pues con este secreto haremos rey á aquel que mejor nos convenga, y que dé á las iglesias y á los obispos el brillo y la autoridad que deben tener. Toma estas tenazas, esta disciplina, este escalfador y este carbon y sígueme.

«Yo le obedecí en silencio y le seguí. Ya la noche era muy entrada y todos dormían en la ciudad de Rouen, excepto los centinelas que vigilaban en las murallas. Llegamos á un río que riega la ciudad, y habiéndonos colocado en una barca en un parage convenido, atravesamos el Sena y llegamos al pie de la torre de esta ciudad. Entramos en ella, seguidos del oficial de guardia que pidió al señor Cauchon su bendicion y sus oraciones. Luego que el reverendísimo obispo concedió ambas cosas, nos abrió muchas puertas y llegamos á una escalera que para ver su término, nos fué preciso subir sesenta y ocho escalones. Cuando llegamos á lo alto de la susodicha escalera entramos por una puerta baja que daba paso á una sala abovedada, y el carcelero, habiéndonos dejado solos por disposicion del reverendísimo, nos aproximamos á una cama cubierta de paja y allí vimos á una joven dormida. Conoci al instante á Juana, á la que el vulgo tenia costumbre de apellidar la Doncella de Orleans. Este mismo dia habia sido interrogada en presencia de los reverendísimos obispos de Beauvais y de Worcester, de otros cinco prelados ilustres y de cincuenta doctores, y Juana habia respondido con insolencia y soberbia á cuan-

las preguntas le hicieron. Habiéndola despertado el señor Cauchon, le dijo:

—Juana; tu hora fatal ha llegado y vas á perecer en la hoguera por tus execrables hechicerías; sin embargo si quieres obtener la salvacion de tu cuerpo para pensar en la de tu alma, aun estás á tiempo, sino te obstinas en no revelar los secretos que te han hecho mas fuerte y valerosa que los mejores caballeros.

—¡Basta! replicó Juana con energia; mi secreto es mi amor á la Francia y al rey Carlos VII injustamente despojado de su monarquía.

—Escucha Juana, replicó el Señor Cauchon, no podemos malgastar el tiempo con palabras inútiles. Hay una cosa sobre la cual no he querido interrogarte públicamente con el objeto de conservar una vía que te guie á la salvacion: respóndeme con sinceridad á lo que te pregunte, y te juro por los santos Evangelios que al punto serás puesta en libertad.

—No me opongo á responder, contestó la joven, si lo que me preguntais no es una traicion hácia Dios, hácia mi rey, ó hácia la Francia.

—No existe traicion en lo que voy á preguntarte, dijo el señor Cauchon: di la verdad.

—Muy bien, repuso Juana; la diré.

—¿No es cierto, dijo el santo obispo, que el dia en que asististe á la consagracion del rey Carlos VII, se retiró contigo y otros dos caballeros á la sacristía de la iglesia, y que allí derramaste un licor en la copa diciéndole:

—Este es el verdadero brevage del rey de Francia?

—Si, respondió el rey, este me hace soberano mas que el aceite santo de la consagracion; con él he adquirido y merecido el nombre de victorioso, y jamás beberé otro.

—Es muy posible, respondió Juana, que haya yo dicho, y que el rey nuestro señor, me haya contestado una cosa parecida, y si es preciso decir verdad, lo recuerdo ahora como si estuviese pasando.

—Pues bien, dijo Cauchon, revélanos de qué estaba compuesto ese brevage maravilloso que ha contribuido á que Carlos triunfe de sus enemigos, y le ha dado la corona de Francia, y te juro por segunda vez que saldrás de aqui libre y salva antes que amanezca.

«Juana se puso á mirar al señor Cauchon con una admiracion tan naturalmente fingida, que la hubiese creído verdadera á no conocer la horrible perfidia de la joven; esta dijo en seguida:

—Aquel brevage, monseñor, era vino, vino natural, del que todos bebemos.

—¡Detestable hechicera! exclamó el obispo indignado; ¿nada puede obligarte á que digas la verdad?

—¡Ay! yo lo digo sin disfraz; aquel brevage era vino, ni mas ni menos que vino; lo jure delante de Dios.

—Preparad el escalfador y el carbon, me dijo el señor obispo, y veremos si el dolor y la tortura le arrancan el secreto que se obstina en callar.

—¡Dios mio. Dios mio! exclamó Juana poniéndose de rodillas; no me mortifiqueis; no despedaceis mis miembros; soy una débil muger; el Señor me ha retirado su gracia; pero vos no podreis hacerme decir lo que no es; yo no conozco ningun género de sortilegio ni maleficios.... Escuchadme, señor, yo diré lo que pasó. (Un dia, d)

(1) Principio del introito de la misa del dia; modo bastante común de señalar las fechas de aquella época.



muchos señores de la corte, despues que escucharon mis palabras, creyeron cuanto les decia; pues entonces estaba yo inspirada por Dios, y mis discursos tenian el don de la persuasion. Estos señores me condujeron á un palacio donde estaba el rey. Habia alli mucho ruido, y los sirvientes cargados de frutas y esquisitas viandas iban y venian: me llevaron á una sala donde vicelebrarse el festin suntuosamente servido. El rey sentado á un extremo de la mesa estaba á la sazón un poco embriagado, y cantaba alegremente, á pesar de las desgracias que mi copero y escanciador. Vamos, dame de este vino que está en esta jarra de plata.

—Tomé la jarra y habiendo derramado parte del vino que contenia en la copa del rey, segun el uso establecido le gusté primero; pero apenas hubo llegado á mis labios el vino, separé la copa diciendo:

—¿Qué vino tan detestable!

—¡Vive Dios! exclamó el rey; este vino es de nuestra hermosa provincia de *Champagne*.

—Eso no es cierto, le dije yo, el vino de *Champagne* que deben beber los reyes de Francia, está en la ciudad de Reims, la que ocupan los ingleses.

A estas palabras que sin duda fueron dictadas por el espíritu de Dios, los concurrentes comenzaron á aplaudir y á desenvainar sus espadas; el rey Carlos, vuelto de su embriaguez se levantó de repente, sacó tambien la suya, y exclamó: ¡Está dicho, señores! No volveremos á beber mas de este vino como no sea en la ciudad de Reims.

—Y yo le derramaré, señor, respondí.

Vos, sabeis monseñor, cómo se ha cumplido este juramento, cómo Dios ha consentido que Reims y Orleans hayan caído en nuestras manos, y como se hizo allí la ceremonia de la consagración. Habiendo salido el rey un momento, fatigado por el calor, le trajeron una jarra de vino para que refrescara; yo le derramé en la copa, y le dije las palabras que vos me habeis hecho recordar, y á las cuales contestó lo que vos sabeis. Esta es la verdad, y cuanto se añade es falso.

Experimentaba su pueblo. Al vernos entrar, dijo al señor La-Hire, que era precisamente uno de los que me conducian.

—¿Qué dices de mi banquete?

—Digo, respondió La Hire, que no se puede perder un reino con mas alegría.

—¡Fuera de aquí! exclamó Carlos, ¡Fuera de aquí el mal consejero! Es preciso beber, reír y gozar.

—Bien, le dije yo, bebamos, riámonos y gocemos, señor.

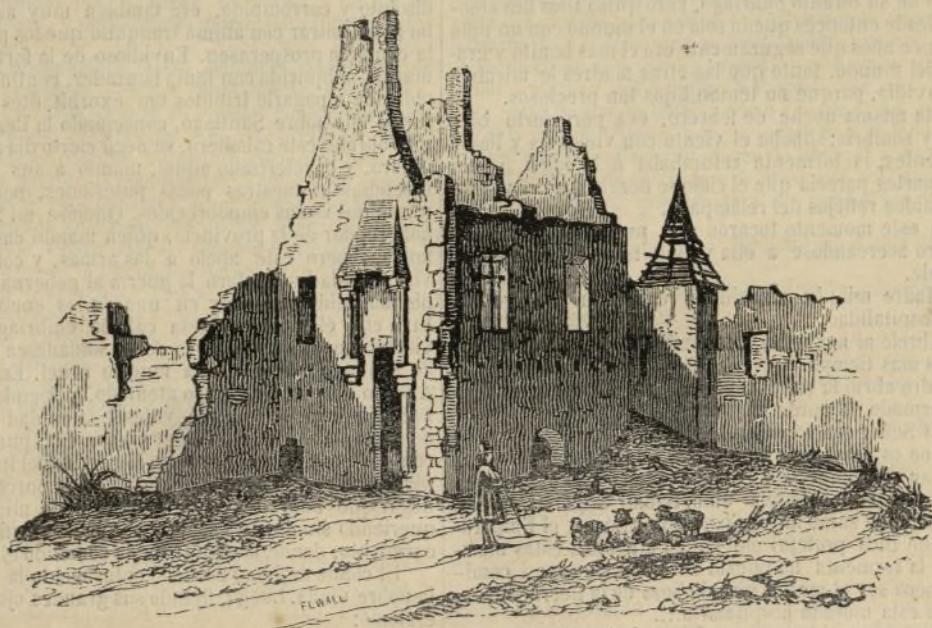
—Esto es gracioso, dijo Carlos. Juana, quiero hacerte

«Con semejante relacion, el señor Cauchon se puso encolerizado, pues no creia en la invención de la hechicera Juana, y me mandó que la atormentase con las ternazas candentes, lo que verifiqué aplicándoselas á los pies y al pecho; pero no pudimos hacer que confesara otra cosa y nos retiramos desesperados sin saber la verdad de un secreto tan maravilloso.»

Hojeando un ejemplar manuscrito de la apología de Juana de Arco, pronunciada en 1456 por el canceller de la universidad, encontré allí un pergamino pegado con cera, y una cinta, y que contenia la precedente anécdota, bajo el título de *copia de un manuscrito descubierto en 1530 en la abadia de Pontarlier*. Al final del manuscrito se veia esta nota.

«El referido obispo de Cauchon, al que Javier llama «reverendísimo, falleció de mala muerte cuando le estaban afeitando, y despues de haber sido enterrado como un santo, se exhumaron sus huesos que fueron arrojados á un muladar. El rey Carlos VII ha ennoblecido la familia de Juana colmándola de bienes.» Aun cuando me ha sido imposible verificar la autenticidad de la anécdota que he referido, me pareció conveniente publicarla. De esta ilustre heroína se han ocupado tantos poetas é historiadores, que no era cosa fácil hallar algun incidente desconocido y que se hubiese escapado á sus investigaciones.

FEDERICO SOULIÉ.



Ruinas de la casa de Juana de Arco.



## ESTUDIOS MORALES.

### LA FLOR DE LA DICHA, (1)

TRADICIÓN GALLEGA DEL SIGLO XII.

#### I.

##### LA VISITA NOCTURNA.

Una noche de febrero de 1151, la buena y virtuosa Antera, con la rueca en la mano y sentada al lado de una fogata, entonaba en voz baja varios de aquellos romances que tanto enaltecían las singulares proezas de Rodrigo de Vivar, que aunque hacía mas de un siglo que había fallecido, dejó tan impresa en la mente de sus contemporáneos la prolongada serie de sus *fazañas*, que se propagó por todas partes, y en los palacios, en los castillos, en las chozas y cabañas, se cantaban todavía con entusiasmo los romances del célebre Campeador. Preciso es confesar, que Antera era considerada como la mejor y mas bondadosa de las mugeres de San Antonio, población situada en las cercanías de Betanzos. Entre todas las cabañas de San Antonio, la de la buena Antera, era la mas limpia, y la de mejor perspectiva y situación. Saludábala la aurora con su primer mirada; un elevado y copudo nogal la protegía con su sombra, y á muy corta distancia serpenteaba gracioso un murmurante arroyuelo. Antera no había visto nunca mas pais que el suyo, que contemplaba como el mas hermoso de todos, donde la bondad del cielo era siempre inagotable. Sin embargo, había conocido dias mas venturosos en tiempo de su difunto Santiago, pero quiso Dios llevarse-le, y desde entonces quedo sola en el mundo con un niño de quince años que seguramente era el mas bonito y gracioso del mundo, tanto que las otras madres le miraban con envidia, porque no tenían hijos tan preciosos.

Esta misma noche de febrero, era por cierto bien triste y sombría; silbaba el viento con violencia y llovía á torrentes; la tormenta retumbaba á lo lejos, y por todas partes parecia que el cielo se desgarraba al ver los encendidos reflejos del relámpago.

En este momento tocaron á la puerta de la cabaña, y Pedro acercándose á ella volvió hácia su madre diciéndole.

—Madre mia; he conocido la voz de un hombre que pide hospitalidad.

—Abrele al momento, respondió Antera; no le detengas mas tiempo.

Pedro abrió la puerta, para dejar entrar á un caballero armado de punta en blanco.

—El Señor sea con vos, buena muger, dijo el caballero; no os asustéis si penetro en vuestra cabaña á una hora tan descompasada. Soy el conde de Lugo, de quien indudablemente habreis oído hablar algunas veces. Un asunto de sumo interés para don Alfonso, el Emperador (que Dios proteja) me ha conducido á estas montañas: la tormenta ha puesto en dispersion á mi comitiva; pero soy el mortal mas dichoso de la tierra, encontrando esta morada hospitalaria....

Mientras que Antera reanimaba la lumbre de la fo-

gata, Pedro miraba de hito en hito al caballero. Era de elevada estatura, ancho de espaldas, y cuando se quitó el casco, que poco antes había reflejado á la vacilante claridad de los relámpagos, dejó ver sus negros y rizados cabellos que añadían á su persona una nueva y agradable magestad.

El conde de Lugo por su parte no cesaba de admirar á este niño de cabellos rubios y de semblante tan precioso y cándido: el conde luego que hubo probado algunos de los groseros manjares que Antera le presentó para que cenase, dijo estas palabras:

—Buena muger ¿es esta toda vuestra familia?

—¡Ay! noble señor, contestó Antera: Dios ha querido dejarme sin su padre, sin mi pobre Santiago: pronto va á hacer un año que me quedé sola con mi Pedro. Cada vez que recuerdo la desgraciada muerte de mi pobre Santiago....

—¿Cómo! interrumpió el conde. ¿fué desgraciado en sus últimos momentos?

—Si, señor, respondió Antera; le mató, ó mas bien dicho, le asesinó don Juan de Viveros, un rico caballero que gozaba grandes fueros en toda esta comarca.

—Hace un año que yo me encontraba en las cercanías de Córdoba peleando contra los moros; he oído contar sin embargo algunos desmanes ejecutados por don Juan de Viveros, y desearia saber por qué....

—Mi marido, señor, era el labrador mas rico de la parroquia; pagaba el diezmo á la iglesia con puntualidad, socorría á los pobres, amparaba al peregrino, y todos los años hacia una visita á Santiago de Compostela y dejaba limosnas para que el santo le protegiera. Don Juan de Viveros, aunque de ilustre linage, hombre disoluto y corrompido, era tambien muy ambicioso, y no podia mirar con ánimo tranquilo que los pecheros de la comarca prosperasen. Envidioso de la fortuna de mi marido, adquirida con tanta honradez, continuamente le obligaba á pagarle tributos tan exorbitantes como injustos. Mi pobre Santiago, conociendo la ilegalidad con que obraba este caballero, se negó cierto dia á darle mas dinero, y encolerizado aquel, mandó á sus gentes que incendiasen nuestras pocas posesiones, por lo que al punto nos vimos empobrecidos. Quejose mi Santiago al gobernador de la provincia, quien mandó castigar al infanzon; pero éste apeló á las armas, y con sus siervos y soldados declaró la guerra al gobernador, y habiendo salido vencedor en uno de los encuentros que tuvo con él, pasó por esta cabaña embriagado con la victoria; penetró con parte de su soldadesca y se vengó de Santiago dándole una muerte cruel. Enterado don Alfonso de este horroroso atentado, y siendo amigo de hacer justicia, se disfrazó, y desde la ciudad de Toledo, donde á la sazón se hallaba, vino á este pueblo. Cercó con sus tropas y de improviso el castillo del infame agresor, logró prenderle y mandó que le ahorcaran en ese nogal que habreis visto á la puerta de mi cabaña (1) queriendo sin duda el soberano, que se verificara el escarmiento, donde mismo se había cometido el crimen.

El conde de Lugo escuchó enternecido la relacion de la pobre viuda. Luego, fijando sus grandes ojos en Pedro exclamó:

—No sé qué clase de instinto me guia desde este ins-

(1) Esta leyenda ha suministrado asunto á Mr. Lancon para formar una novelita que ha titulado *L'ALGEDOR*.

(1) Este acto de justicia de don Alfonso el Emperador, le refiere Mariana en su *Historia general de España*, libro XI cap. II.



tante á querer á vuestro hijo. Pedro.... ¿Quereis venir conmigo?

—¿Con vos? exclamó la pobre Antera; pero... señor...

—Si, conmigo á mi castillo de Ponzon; haré page á vuestro hijo; page que despues me seguirá á la guerra, á la caza, á todas partes. Despues le nombraré escudero; montará como yo un hermoso caballo de batalla... Pedro, ¿quereis venir conmigo?

Pedro no contestaba una palabra, pero su corazón latía con violencia. ¡Page! ¡escudero! guerra, gloria, vasallos, espadas largas, caballos de batalla.... Despues miró á su madre que lloraba.

—¡Oh! madre mia, tranquilizaos, que no os abandonaré.

El conde sonrió añadiendo:

—Escuchad, señora; pensad bien en lo que haceis. Aun cuando venga conmigo podrá visitaros todas las semanas: yo tambien soy padre y conozco los deberes de los hijos. Ahora voy á recostarme sobre este gergon que me habeis dispuesto; sé lo que vais á decirme; no os apesadumbreis por lo grosero de la cama, que en mi vida de aventuras las he conocido peores. Hasta mañana; buenas noches; y vos, Pedro, preparaos para acompañarme.

La pobre Antera, no contestó ni una palabra; pero no cesó de llorar.

—Ve, Pedro, vé tú tambien á dormir decía Antera; mañana seré viuda por segunda vez.

## II.

### EL CASTILLO DE PONZON.

El sol acababa de aparecer á los mortales mas radiante que de costumbre; el noble caballero se ha levantado, se ha puesto su casco, ha ensillado su caballo, y ha dejado en una mesa situada en un rincón de su aposento, (¿si sería olvido?) una bolsa llena de monedas de oro.

¿Quién podrá describir los afectos de esta madre que iba á separarse de su hijo?

—Adios, hijo del alma mia, la Virgen y Santiago guien tus pisadas por el mejor sendero.... Yo ya he vivido bastante, y debo pronto morir, pero quiero antes verte dichoso.

Antera pronunciaba estas palabras mientras que nuestros viajeros se alejaban rápidamente. Por último, llegaron á divisar el castillo de Ponzon con sus elevadas torres, sus fosos, sus almenas y el asta ó mástil destinado á elevar el pabellón ó bandera rojo-azul que flotaba en las grandes solemnidades y casos de guerra; nada faltaba á esta fortaleza; ni el enano que anunció con el cuerno la aproximación de los viajeros. A este extraño sonido, Pedro dejó su aspecto contemplativo y miró con sorpresa la agradable perspectiva que presentaba aquella magestuosa fachada. ¿Qué diferencia tan notable existía entre este edificio feudal y la cabaña del valle de San Antonio! ¡entre aquella hilera prolongada de robustas encinas, y el modesto nogal bajo el que se había sentado con frecuencia! ¡qué imponentes son estos hombres armados con sus hachas y sus partesanas! Pedro iba mentalmente haciendo estas reflexiones; mientras que bajaba el puente levadizo para que pasasen los viajeros. Penetró con el conde en un gran patio, donde se apareció una hermosa joven que al punto se lanzó gozosa al cuello del noble caballero.

—¡Padre mio!

—¡Hija mia! ¡Mi querida Trinidad! exclamaron mutuamente, mientras que el page, temblando, esperaba la orden del castellano; pero el conde de Lugo, entregado enteramente á su afecto paternal, se olvidaba en este momento de su protegido.

Nadie mejor que Trinidad podía justificar este escape de ternura. Apenas había cumplido los catorce años,

y ya era hermosa, era.... mas que hermosa; estaba dotada de infinitas gracias y atractivos. Sin duda los trovadores de aquel tiempo compararian sus ojos á dos carbunclos, su sonrisa á un rayo del sol de Levante, sus labios sonrosados á dos preciosos corales, el melancólico acento de su voz á los suspiros de la brisa que embalsamaba la frondosidad de los bosques, y tenian razon; ningún laud había resonado con mas perfección que el que Trinidad pulsaba con su blanca y delicada mano.

Pedro la contemplaba con admiración, y un sentimiento enteramente nuevo hacia latir su corazón; el carmin apareció por la primera vez en su rostro, y cuando se vió solo aquella misma noche, pensando en la modesta cama de su madre, en su cabaña y en todo lo que amaba en el mundo, una imagen mas seductora todavia vino á mezclarse con las demas; sus labios pronunciaron un nombre muy dulce, nombre que desde aquel instante debía repetir en todos sus ensueños.

## III.

### EL MORO BEN ZAIDE.

Cinco años habían ya transcurrido á contar desde esta época: el bonito page era á la sazón escudero; valiente en la guerra, diestro en la caza y superior en los torneos. La hermosura de su rostro era tan famosa como su valor, y mas de una noble señora no había podido mirarlo frente á frente sin ruborizarse. Cuando Antera le veía, su enagenamiento y sus exclamaciones no encontraban término, durante las cuales nombraba á todos los santos del calendario. Ocioso parece añadir que Pedro fué siempre tan amable, tan tierno para su madre, y siempre estuvo enamorado de los singulares encantos de la hermosa Trinidad. Ahora bien, sepamos lo que sucedió en esta ocasión.

El conde de Lugo había partido para lidiar en un torneo que se celebraba en Toledo; Pedro le acompañaba en este viage con gran parte de su comitiva; pero Trinidad había quedado en el castillo; esperaba al conde con impaciencia, y todos los días subía á la torre mas elevada del castillo para ver si su padre venía. Cierta mañana divisó á lo lejos una nube de polvo, en cuyo centro se distinguían reflejos de armas y penachos que flotaban á merced del viento. No quiso ver mas, bajó á toda prisa llamando en alta voz á Catalina, su aya; en seguida mandó bajar el puente levadizo, y se lanzó en el camino con el impaciente deseo de abrazar á su padre; pero Trinidad, no vió entonces mas que un grupo de soldados gallegos que traían atado por los brazos á un musulmán.

—¿Qué es esto? preguntó Trinidad condolida del prisionero.

El jefe de aquellos soldados se apeó, y saludando con nobleza á la joven dijo:

—Noble señora; este prisionero es un enemigo de Cristo: hace algun tiempo que se fugó de Oviedo, donde estaba con otros compañeros suyos; pero antes que lograra incorporarse á los moros que invaden la Andalucía, hemos tenido la fortuna de encontrarle, y le llevamos....

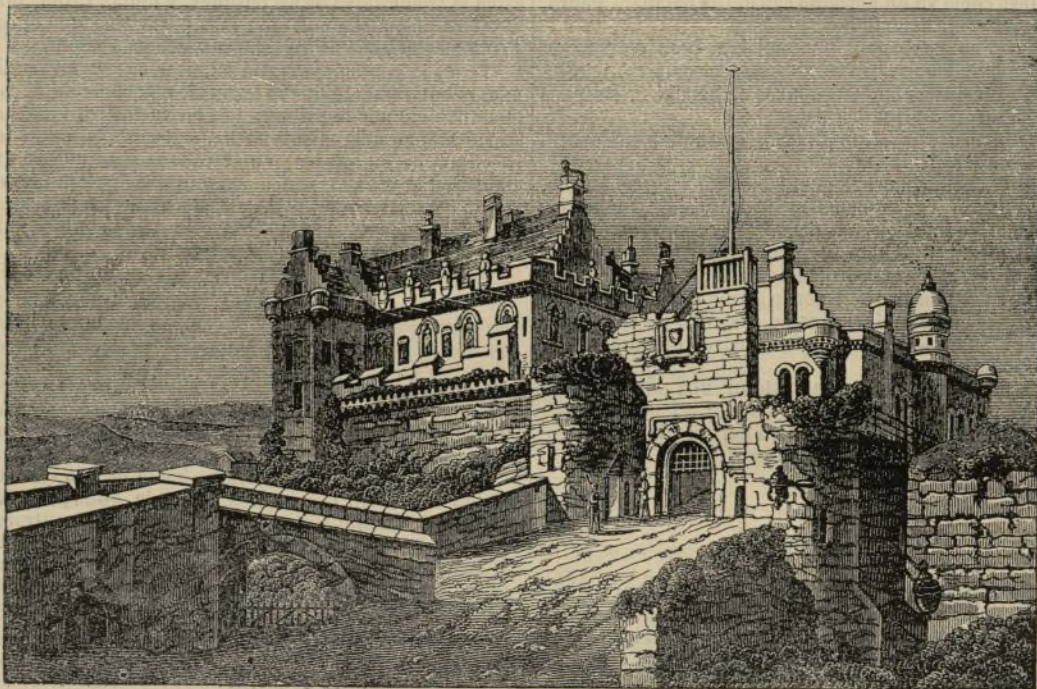
—Basta, interrumpió Trinidad: si es verdad cuanto ponderan la galanteria de los infanzones, yo quiero ver en vos un rasgo de generosidad, que pruebe vuestro caballerismo. Deseo proteger á este desgraciado: dejadlo en libertad.

—El jefe de aquella reducida escolta se acercó gravemente al musulmán: le quitó las ligaduras de los brazos, hizo un respetuoso saludo á Trinidad, y cabalgando de nuevo se ausentó á galope con sus acompañantes, dejando al prisionero bajo la salvaguardia de la hija del conde de Lugo.



—Entrad, dijo Trinidad al moro: verdaderamente no era a vos á quien yo esperaba; pero en reemplazo de lo que mas quiero en el mundo, el cielo me ha enviado una ocasion en que puedo hacer un beneficio. Entrad y en este castillo encontrareis asilo y proteccion.

Diciendo estas palabras, la benéfica jóven se alejó precipitadamente, pero pronto volvió acompañada de algunos criados que traían pan, frutas y jarrones de vino generoso. El reconocimiento brillaba en los negros ojos de aquella cara bronceada por el ardiente sol del Mediodía.



VISTA DEL CASTILLO DE PONZON.

—No es muger, decia entre dientes, es una huri, en tanto que abria una cajita: sacó de ella varias alhajas, esencias, coginillos perfumados, bandas de seda, collares de perlas.....

—Tomad, noble señora; mucho he visto en vuestro pais, pero nada tan bueno y tan hermoso como vos. Tomad estos preciosos objetos, que no se crían mas que en mis comarcas de Oriente. Soy un pobre moro, y sin embargo, mas de un caballero cristiano daría un castillo por esta cajita.

—Guardad vuestros presentes, que tal vez puedan servirlos para mover corazones mas duros que el mio. La satisfaccion de hacer bien es para mi la mas grata recompensa. Solo quiero compraros este precioso collar; adornaré con él mi garganta los dias de fiestas y torneos. Ahora descansad y dormid tranquilo hasta mañana.

Trinidad se retiraba lentamente, cuando el moro la detuvo.

—Esperad, noble señora; nunca se dirá que vuestros beneficios quedan sin recompensa.

Y espresó estas palabras con tal acento, que cautivó á la jóven.

—Ha habido un tiempo, señora, en que el mas orgulloso potentado de la cristiandad hubiera besado con gusto mis pies por tener un tesoro, cuya existencia acaso sea yo el único que la conozca en Europa. Yo debía revelar la existencia de este tesoro á la mas pura y hermosa de las mugeres; mi Profeta me dice que sois vos, y en su consecuencia, escuchad.

—Hablad, dijo la jóven; ¿cuál es ese tesoro?

—Por el alma de mi padre que yo le poseyera, si mi alma estuviese pura é inocente..... Pero ¡ay! el pobre

Ben Zaide, no puede ya encontrar la paz de sus jóvenes años, no es digno de la misteriosa flor de la dicha.

—¡La flor de la dicha!.... no os comprendo, musulman.....

—Si, vos sois la mas pura y hermosa de las mugeres, y solamente á vos descubriré el secreto que pensé llevar conmigo á la tumba.—En el hermoso y pintoresco pais de Oriente, en la montaña de Serendih, nace una flor mas encantadora y suave que las otras. El afortunado que pueda llevarla sobre su seno, no tiene que temer, ni enfermedades ni dolores: solo la muerte es mas poderosa que este incomparable talisman. En derredor de su blanco cáliz se estiende una aureola de un rojo encendido con cierta tintura verde; pero la mano que la corte debe ser inocente; el pie que pise la montaña de Serendih debe ser libre; el corazon que reciba este precioso donativo, no debe nunca haber palpitado culpables y emponzoñados deseos.

—¡La flor de la dicha! repetia Trinidad fascinada; yo no conocia ese dulce nombre, aunque he pasado noches enteras repasando leyendas é historias milagrosas.

—Ya os he dicho, señora; ¿cómo os probaria que Ben Zaide no ha mentado jamás? Pero ¡ay! exclamó el moro como si hubiese querido destruir el efecto de sus primeras palabras y con la turbacion propia de una persona á quien se escapa la inspiracion; ¡ay! el Oriente está muy lejos; la flor de la dicha se mece sobre un tallo desconocido; y á falta de este talisman Dios os recompensará y os dará su bendicion. Alá os guarde; haced por olvidar cuanto el pobre moro acaba de deciros; la Europa es naturalmente incrédula y se reiría de lo que os he dicho.



Trinidad no reía; todo lo contrario; la relacion maravillosa de Ben Zaide habia dejado absorta esta jóven imaginacion acostumbrada á viajar en el pais de las quimeras. La noche envolvió al castillo con su densa oscuridad, y refiere la crónica que Trinidad quedó sin embargo pensativa.

El musulman partió disfrazado; el conde de Lugo regresó; su hija le recibió con su acostumbrada ternura, pero un recuerdo hacia palpar su corazon y ocupaba todos sus ensueños; veía la encantada flor de la dicha, la blanca flor, la roja aureola; por todas partes se disponia su mano á cogerla.... ¡Vano esfuerzo! al despertar se veía obligada á sacudir aquella dulce ilusion.

Bajo el peso de esta angustia, palidecieron las mejillas de Trinidad, y hasta cierto punto desapareció el brillo de sus ojos, y una lenta consuncion amenazaba ya marchitar esta otra flor que exalaba tan celestiales perfumes. En vano se esforzó su padre en buscar remedios para la enfermedad de su hija; pero ¿qué remedio habia contra un mal cuya raiz estaba en el corazon? En vano el sacerdote que recibia sus mas secretas confidencias se esforzó en calmar con dulces palabras las angustias de su penitente.

—Siento, decia, siento, padre mio, que voy á morir; Dios me castigó sin duda por haber entregado mi corazon á ilusiones impías, por haber prestado oídos á aquel enemigo de mi Redentor; pero cuando yo no exista ya, decid á los que quedan, que al fin llegué á encontrar la misteriosa flor que nos hace dichosos para siempre.

—No, hija mia, no moriréis.

Con efecto, no murió. El jóven escudero que la adoraba en silencio hacia mucho tiempo, descubrió al fin la causa de los dolores de Trinidad; el aya se lo habia revelado todo, á pesar de la prohibicion de su ama, porque conceptuaba que una pareja tan encantadora habia nacido para amarse mutuamente. Además, ¿no era un dolor ver morir á una jóven tan preciosa y cándida sin buscar todos los remedios que pudiesen volverla á la vida?

#### IV.

##### LA TROVA.

La esquila acababa de sonar y todos dormian en el castillo de Ponzon, todos menos la triste Trinidad. De pie y asomada á una ventana, contemplaba el hermoso espectáculo de una hermosa noche de verano. Los ojos de la jóven seguian las caprichosas evoluciones del espacio, cuando una sonora y melodiosa voz salió de los fosos del castillo, que con acento melancólico entonó la siguiente trova.

Mi deidad encantadora,  
que en silencio se atormenta,  
y busca una muerte lenta,  
cesa del llanto el raudal.

Que un vasallo que te adora,  
flor radiante y purpurina,  
hoy á buscar se encamina,  
el remedio de tu mal.

Aplaca, si, tu dolor,  
sé mi norte, sé mi guia,  
y encontraré vida mia,  
esa misteriosa flor.

Calló la voz: grande fué la sorpresa, la emocion de Trinidad; su secreto estaba revelado; sin duda Catalina le habia hecho traicion; por otra parte, ¿cómo un simple escudero se atrevia á hacerle semejante declaracion!... Pero interrogando despues á su corazon, la afligida jóven halló mil motivos para perdonar al temerario que iba á sacrificarse por ella. Si hemos de creer á lo que

nos dice la crónica, un anillo que se desprendió de su mano, fué para Pedro una prenda de reconocimiento que debia animarle y sostenerle en la indagacion de la flor de la dicha.

#### V.

##### DESALIENTO.

Segun la relacion del musulman, era en el Asia donde existia la misteriosa flor, y Pedro emprendió su camino con direccion á esta parte. Despues de un largo viage, durante el cual no cesó de acordarse de Trinidad, llegó á la gran ciudad de Alepo, y se puso en presencia del gobernador.

—Noble emir, he atravesado la Europa y el Asia, buscando por todas partes la encantada flor de la dicha; me han asegurado que crece en este pais.

—El cielo te ilumine, cristiano, pues tu corazon es infiel y poco poderoso tu brazo delante de los verdaderos musulmanes. Hablas de una flor encantada; pues has de saber que existe en nuestros muros. Mañana, si tienes valor, en la llanura de Yacoub puedes combatir, pero sin esperanza de conquistarla.

Pedro salió pensativo; le pareció oscura esta respuesta, pero bien pronto llegó á comprender sin embargo, el sentido que encerraban las palabras del emir.

La flor encantada de que hablaba era la bella Zaïda, la hija del sultan de Alepo. El oráculo habia predicho que seria la esposa del mas hermoso y mas valiente de los hijos del Islam, y los caballeros mas nobles y valerosos del Asia habian acudido allí para disputarse esta conquista.

Pedro suspiró, pues no era esa la flor que buscaba; pero sin embargo, se presentó en la llanura de Yacoub, é hizo mas, combatió en honor de la dama de sus pensamientos y fué declarado vencedor á despecho de todos sus rivales; le condujeron delante del trono donde estaba sentada la bella Zaïda al lado de su padre.

—Hijo de un infiel, le dijo el sultan, he dado mi palabra y será sagrada, cñia tu frente el turbante y será tuya mi hija. Levanta los ojos y admira la recompensa que te está reservada.

¡Pedro alzó los ojos; la bella Zaïda acababa de quitarse el velo; oyóse un grito espontáneo de admiracion, y esperaron ansiosamente la respuesta del vencedor.

—Príncipe, he querido probar lo que puede el brazo de un caballero cristiano; juzga lo que podrá mi amor. Por aquella que amo renunció á la mano de tu hija.... Cálmate, pues por ella renunciaria el imperio del mundo; no faltarán personas que sin renegar de sus creencias disputen tan hermoso premio; en cuanto á mi nada me hará permanecer mas en estos lugares, y vuelvo á buscar la flor de la dicha.

Aunque ninguno comprendió bien estas últimas palabras, dedujeron que eran una blasfemia: los ulemas semiraron unos á otros; pero Pedro era hermoso, jóven, y estaba enamorado, le perdonaron su victoria, y la bella Zaïda no pudo menos de suspirar mientras que el vencedor se alejaba, sin siquiera volver la cabeza.

Partió de Alepo, atravesó el desierto con increíbles fatigas y llegó á Persia. Allí jamás habian oido hablar de la flor encantada; pero un discípulo de Zoroastro quiso probar por las similitudes y por las diferencias, que la indicada flor podia muy bien ser la lógica; Pedro le dejó en medio de su demostracion y siguió viajando. Salió de Persia pensó pasar á la India, donde esperaba que le darian algunas indagaciones los bracmanes: el camino era largo, los bosques estaban casi impracticables, pero, ¿de qué no triunfa el amor? Despues de seis meses de peligros, y fatigas, llegó al imperio de los mogoles: de todos los colegios bracmanes, el mas famoso era el de



Guelaor, y de todos los bracmanes de este colegio, ninguno podía ser comparado con el viejo Misouf. Su boca era un pozo de ciencia, y su mirada profundizaba los abismos. Pedro entró en su celda; era la hora de comer, y le halló comiendo con serenidad un poco de pescado seco en un plato de madera.

—Venerable bracman, ya que todo está al alcance de vuestra grande inteligencia, decidme dónde podré encontrar la montaña de Serendih, ya que no la flor de la dicha.

—Hijo mío, nunca he oído hablar de la montaña de Serendih, ni de la flor de la dicha; pero puedo indicaros donde se encuentra esa flor encantada. El mismo Bracma la trajo a nuestro mundo despues que cumplió su sesta encarnacion. Entrad en nuestro colegio, medita por espacio de diez años nuestros libros sagrados, y entonces si sois juez digno...

Pedro no le dejó concluir y se alejó renegando de Guelaor y del viejo Misouf: mas razonable le parecia el sultan de Alepo; la India no poseia la flor de la dicha, y no habia otro remedio que regresar a Europa para morir de desesperacion a los pies de Trinidad.

Un viagero le habló del Korasan, y quiso apelar a este último recurso. Cuando llegó a este pais le pareció que el aire era mas dulce y la naturaleza mas bella que todo cuanto habia recorrido. Le enseñaron el palacio del khan, que estaba edificado sobre una colina deliciosa y por todas partes brillaba el mármol y el pórfido. Rodeabale una galeria de ciento veinte columnas de alabastro, en cuyo recinto por demas admirable y grandioso, murmuraban las fuentes durante el dia y la noche; una multitud de esclavos, ricamente vestidos, transitaban por aquellos vastos corredores. Indudablemente la flor de la dicha habia pasado por allí. Esto discurría nuestro jóven viagero en tanto que esperaba la audiencia del soberano. Cuando le vió exclamó:

—Gran principe; veo que Dios os ha concedido el talisman que hace mucho tiempo voy buscando. He recorrido la Persia, la Siria, el Kurdistan, la inmensidad de los Indias, y en ninguna parte he visto un pais tan hermoso, tan rico como el Korasan. ¿Quereis guiarme para que encuentre lo mas pronto posible la flor de la dicha?

—Cristiano, no sé lo que quierdes decirme: sin embargo de tu boca acaba de salir la verdad. Mi reino es rico y yo soy mas rico todavía. Mi guardia se compone de diez mil hombres, que velan noche y dia en mi palacio; mil jóvenes hermosas, como las huris del santo Profeta, llenan mi harem: la Arabia no tiene corceles tan veloces como los míos; los diamantes de Golconda palidecen al lado de mis garzotas. Si es ese el talisman que buscas, Dios le concede únicamente a los que ama.

—Esta es la felicidad del pagano, dijo entre dientes Pedro: yo mas quisiera una sonrisa de Trinidad que toda su guardia.... Pero ¿cómo presentarme a sus ojos?

Por espacio de diez dias anduvo errante sumergido en estas reflexiones. La mañana del que hizo once llegó al pie de una montaña escarpada, y la miró suspirando. Un mercader judío que pasaba, le preguntó respetuosamente la causa de su emocion.

—Al mirar esta montaña, desearia que fuese la de Serendih, y gustoso la subiria diez veces a todo correr, si supiera que habia de encontrar la flor encantada que voy buscando hace tanto tiempo.

—Noble caballero, regocijaos, pues llegais al término de vuestros deseos: esta es la montaña de que hablais: en su cima hay una enorme piedra blanca, y al lado de esta piedra, cuando el sol esté en mitad del horizonte, vereis una solitaria flor que se abre; precipitaos a cortarla, pues una hora mas tarde todo será inútil.

Pedro no dió lugar a que le repitiesen el consejo; se despojó de su armadura, que hubiera podido estorbarle, y la confió con su caballo al cuidado del judío; en segui-

da subió a la cima de la montaña; pero vanamente buscó la flor por todas partes; ni piedra blanca, ni flor misteriosa. Por último, bajó persuadido de que habia equivocado el camino... ¡Oh! desesperacion! El judío habia desaparecido con el caballo... Este último golpe era cruel.

—Renuncio a proseguir una quimera, exclamó dolorosamente; despues tomó el camino de Europa disfrazado de peregrino. Pasó por Jerusalem, lloró sobre el sepulcro del Salvador, y obtuvo, por caridad, un sitio en un buque que se hacia a la vela desde Jafa a Venecia.

## VI.

### EL ANACORETA.

No bien Pedro hubo desembarcado en Venecia, cuando prosiguió su camino. Llegó a Galicia, pasó por el Ferrol, y en las inmediaciones de Cavanias contempló las montañas escarpadas que se presentaron a sus ojos, y admirando el mágico panorama de su pais, le cogió la noche, que llegó a ser tan oscura que se vió obligado a buscar un asilo.

No a mucha distancia de allí habia construido su morada un santo varon, un ermitaño. El padre Geromo (este era su nombre) supo reunir en su residencia lo útil, lo agradable y lo pintoresco: una elevada roca que acababa en punta, la protegía de los vientos del Norte: algunos zarzales rodeaban su reducido jardín; varios árboles simétricamente colocados, inclinaban sus cimas a la parte de la llanura, que se distinguía desde estas alturas; un arroyuelo claro y límpido, serpenteaba al pie de la roca. Debo añadir de paso que esta última circunstancia le parecia bastante insignificante al padre Geromo; los mendigos, los peregrinos y todos cuantos conocian al anciano anacoreta, le admiraban por su caridad, su indulgencia, y a lo que en nuestro siglo se hubiese llamado dulce filosofía.

Pedro creyó con fundamento que a este cenobita debia pedir hospitalidad. Con efecto, llamó, y el padre Geromo se apresuró a abrir la puerta: era de alta estatura, y su escesaiva edad, no le habia encorvado todavía; su rostro inspiraba dulzura, en sus ojos resplandecía la inteligencia; en fin la imperceptible sonrisa que frecuentemente se asomaba en sus labios, daba al conjunto de su fisonomia cierta espresion de inocencia indescriptible.

Quando vió al jóven, le dijo:

—Entrad, hijo mío y descansad hasta mañana sobre este gergon; mirad mi cama, que ciertamente no es mas muelle; pero se duerme en ella tranquilamente. Antes cenareis conmigo; pobres son los manjares, pero el apetito hará que los encontreis sabrosos.

Pedro se inclinó lleno de reconocimiento; cenaron juntos y silenciosos, y despues de haber dado gracias al Redentor, el ermitaño se quedó dormido sobre su modesto lecho. Su compañero, menos dichoso, no pudo descansar; de suerte que al rayar el dia se levantó y se dispuso a partir, no sin dar las gracias al caritativo anacoreta.

—Hijo, ¿no quereis conocer que he cumplido con un deber? esa es mi recompensa; hace treinta años que vivo en esta ermita, y he tenido la dicha de hacer buenos servicios a muchos infortunados. Ayer di asilo a dos peregrinos como vos.

—¡Peregrino!... no lo soy, padre mío; por eso Dios no ha bendecido mi viage. Adios; la relacion de mis aventuras no deben entristecer a los demas.

—Hijo, tal vez os pueda dar algunos consejos que os sean provechosos y os consuelen.

—No tengo esperanza. Una noble jóven (perdonad, Dios sabe que la amo con pureza) se moria por un deseo que no se determinó confesar a su padre. Para sal-



varla he dejado mi país, y he recorrido el mundo buscando por todas partes el talisman que debía volverla á la vida; hoy vuelvo.....

—¿Y el talisman, hijo mio? ¿Cuál es?

—Tal vez su nombre no haya llegado á vuestra noticia; yo mismo antes de este día fatal, nunca oí hablar de la flor de la dicha.

—¿La flor de la dicha!

—Sí, esa flor misteriosa, que debe preservar de todos los males al que la posea. Pero no; ahora comprendo que el musulman nos ha engañado, porque semejante flor no existe en la tierra... ¿Sonreis, padre mio?...

—Pienso, hijo mio, que nada es imposible para Dios. ¿Quién sabe si tendrá compasión de vuestro amor, y si encontrareis el tesoro que buscáis?

—Por caridad, no lisongeéis una desgracia que no tiene remedio.

—Escuchad: nos refiere la historia que un pobre hombre, á consecuencia de un sueño que tuvo, se puso en camino para buscar la dicha. Visitó todos los países sin poder encontrar en ellos lo que había soñado: al fin desesperado, volvió al hogar paterno y allí.....

—Comprendo; allí la encontró; pero ¿qué relación veis entre su historia y la mía?

—Venid, hijo mio.

Diciendo estas palabras, el ermitaño abrió una puertecilla, é introdujo á su huésped en un jardín esmeradamente cultivado. En el centro de este jardín había un acirrate guarnecido de mil flores, que Pedro devoraba con sus ojos.

—Ved, dijo el ermitaño; mirad cuántas flores; son como los hombres; las que mas brillan no suelen ser las que mas valen: mirad, por ejemplo, al lado de esta bella rosa, y tal vez nunca notaríais esta modesta flor que encierra en su caliz unos colores tan preciosos. Y sin embargo, añadió con tono magestuoso, no se la encuentra ni en la Siria, ni en la Persia, ni en las Indias, ni en el Korasan.

—Pero ¿la flor de la dicha, padre, la flor de la dicha?.....

—Pues bien, la flor de la dicha, es como la misma dicha; la buscan lejos y la encuentran cerca; esta modesta flor que acabo de mostraros, es la que buscáis con tanta impaciencia.

—¡Oh! buen ermitaño!...

—Tranquilizaos, y permitid á un anciano, que acaso no os volverá á ver, que os diga algunas palabras mas. Dios ha sido bueno para vos, os ha conducido ayer tarde por estas montañas, y tal vez mañana ya no hubiera sido tiempo. La flor de la dicha no florece mas que una vez cada cinco años, y solo por espacio de un día. Muy reconocido teneis que mostraros hácia Dios. Además es preciso que sepais, que esta preciosa flor, da la salud y la riqueza; pero es la salud del alma, el juicio, la paciencia y la caridad: no olvidéis que sin estas virtudes, la flor de la dicha no serviría mas que para hacer infortunados. Ausentaos ahora; conozco vuestra impaciencia y os perdono, pues yo tambien he sido joven..... Si los ruegos de un pobre cenobita pueden contribuir á la felicidad, vos sereis dichoso y vuestra querida Trinidad....

## VII.

### EL ANILLO.

En una hermosa mañana de junio, el castillo de Ponzon presentaba un espectáculo que muy pocas veces solía reproducirse en aquellos contornos. Una multitud de caballeros y vasallos le rodeaban por todas partes; se veían aquí y allí infinidad de mesas cargadas de pellejos de vino, de fruta y de todo género de carnes; en derredor de estas mesas se veían muchos centenares de des-

graciados, hombres, mugeres, niños y ancianos, que acaso nunca habían asistido á un festejo semejante, y por eso se aprovechaban de esta buena ocasión que les proporcionaba alegría y cierto alivio á su pobreza.

Un peregrino se confundía entre estos grupos, y parecía escuchar con interés una animada conversacion que se efectuaba en el centro de uno de aquellos grupos.

—Yo os digo, maese Andrés, que esta dama, no se casa mas que por obedecer á su padre; lo he oído amenudado decir á su aya Catalina, y si yo revelase todo lo que sé sobre el particular.....

—¿Qué casamiento? preguntó el peregrino.

—Parece que deseais saberlo, prosiguió el orador; pues bien, el conde de Lugo debe hoy dar su hija á un noble baron de Galicia, el señor de Salvatierra; pero la novia está muy triste, y no sé si será feliz este matrimonio.

—¿Se sabe cuál es la causa de esta tristeza? Hace un año que vivía en el castillo un jóven escudero, tal vez hijo de una misteriosa dama, que el conde de Lugo adoptó, y que ciertamente merecía ser querido por su valor, su generosidad y su hermosa apostura. Nuestra noble jóven, segun parece, le ama: un día desapareció el escudero, y desde ese día no ha logrado el padre devolver á su hija la alegría.... Pero perdonad; la novia sale ya del castillo, y por nada del mundo pierdo el buen agasajo.

Segun una antigua costumbre de Galicia, los señores que se casaban debían recibir de cada uno de sus vasallos un presente cualquiera, y para obedecer á este uso aparecía Trinidad en el prado, acompañada de su padre, del baron de Salvatierra y de infinitos convidados. Trinidad estaba triste, tan triste que daba compasion el verla con una corona de flores en la cabeza y su traje blanco, que fácilmente se hubiera confundido con una mortaja. Apesar de su tristeza hacia todo lo posible por manifestarse risueña, y recibía con bondad las ofrendas de aquella pobre gente: estas ofrendas consistían en trigo, fruta, flores y otras cosas de poco valor.

El peregrino se adelantó como los otros. Un sombrero de anchas alas ocultaba su rostro; pero Trinidad reparó que temblaba su mano, mientras que le presentaba una modesta cajita: ella tambien temblando, la abrió. En su fondo, entre un poco de tierra se veía una florecita.

—Gracias, buen peregrino, dijo Trinidad con su dulce voz: guardaré vuestro presente.

—Guardadle, noble señora; me ha costado mucho poderoslo traer, aunque he recibido por él una buena recompensa, añadió el peregrino mostrando en una de sus manos el anillo que Trinidad no había podido negarle la noche de su partida.

## VIII.

### YA PARECIÓ LA FLOR MISTERIOSA.

Fácilmente puede adivinarse lo que sucedió en este momento solemne: el desmayo de Trinidad, la sorpresa de los concurrentes, el dolor del baron de Salvatierra, el espanto del conde de Lugo y la alegría mezclada de terror de Pedro. Poco á poco se fué comprendiendo todo; esto pasó en los tiempos de la mas sublime caballería española: el futuro de Trinidad, que siempre había sido galante, hallando los títulos de su rival preferibles á los suyos, abandonó la pretension. El conde de Lugo, por su parte, se puso en la razon.... en una palabra, al cabo de un mes, el pobre escudero, se calzó la espuela de oro y llegó á ser el esposo de la noble Trinidad, con grande satisfacción de todos los que conocían esta historia. Las nupcias fueron muy suntuosas, y la buena Antera creyó morir de alegría.



Parece que nuestra historia debía terminar aquí; ¿qué mas puede desearse para estos héroes? Se amaban cada vez mas; todo prosperaba en sus dominios, una encantadora familia crecía a su lado, como las verdes ramas que amparan las añejas encinas; pero estaba escrito que la aflicción vendría a visitarlos otra vez.

Cierta mañana, Trinidad, no encontró la flor de la dicha en el relicario donde todas las noches la depositaba. Nadie en el castillo pudo saber su paradero; sin du-

da se la había llevado algun espíritu maligno. Grande fué el dolor de Trinidad. Pedro se esforzaba en consolarla, aunque presagiaba el mas triste porvenir.

—Vamos en busca del padre Geromo, dijo, que hace mucho tiempo que no lo hemos vuelto a ver: tal vez pueda consolarnos.

—Vamos, respondió Trinidad.

Y se pusieron en camino. Encontraron al anciano sentado delante de su puerta.



EL PADRE GEROMO, PEDRO Y TRINIDAD.

—Padre, exclamó Pedro, rogad al Señor que tenga compasión de nosotros.

—¿Qué sucede, hijos míos?

—¿Podré decirlo? la flor encantada, la flor de la dicha....

—¿No la teneis?....

—Perdonad á estos dos infortunados: el cielo es testigo que no somos culpados.

—Lo creo, hijo mío, y os perdono; pero no hay porque abatirse; ya sabéis que Dios á nadie abandona.... ¿Le habeis servido siempre bien?

—Nunca olvidé lo que me dijisteis que hiciera cuando me entregasteis la flor de la dicha.

—Bueno; habeis perdido la flor, pero yo puedo reemplazarla ventajosamente.

—¿Será posible?...

—Escuchad: cuando vinisteis á buscar un asilo á mi ermita, me compadecí de vuestro dolor, y el cielo me

inspiró un inocente ardid. Os di una flor que no significaba nada, añadiendo un consejo al donativo. Habeis perdido la flor, pero habeis guardado el consejo y Dios no pide otra cosa. Ha puesto al alcance de todo el mundo la flor de la dicha, que espero no se marchitará nunca en vuestras almas. El juicio, he aquí su tallo; la paciencia y la caridad, he aquí sus ricos colores: es mas preciosa que la rosa, porque aquella flor no tiene espinas. Vivid dichosos, y que vuestros hijos aprendan esta máxima.

La flor de la dicha quiere decir tanto como buen consejo. Nada se encuentra mas fácilmente que un buen consejo. No vayais á la India, ni á la Persia, ni al Korasan para buscarle; si teneis un amigo fiel, consultadle, si no teneis este amigo, interrogad vuestra conciencia. Obrar bien es poseer eternamente la flor misteriosa.

A. B.



## ESTUDIOS BIOGRAFICOS,



### PIO IX. (I)

El 13 de mayo de 1792, en Sinigaglia, en latín *Senagallia* ó *Sonogallia*, antiquísima ciudad del ducado de Urbino, incorporada á los estados romanos desde principios del siglo XVII, y antigua colonia romana, cuyo obispado habia sido inmediatamente sometido á la Santa Sede desde fines del siglo V, nació de la familia de los condes de Mastai-Ferreti, familia cuya nobleza se remonta al siglo XIII, un niño que recibió en el bautismo los nombres de Juan María.

Educado por su madre en la piedad, se dedicó á la literatura, y de edad de once años entró en el colegio de las escuelas pías de Volterra, que contaba entre sus directores al célebre Orselli y al padre Arcángel Bacci, hombre de rara y estensísima erudición y doctrina.

Rápidos fueron los progresos que en seis años hizo el joven Mastai en la literatura, en la física, y en las

matemáticas. En sus estudios mostraba una aplicación sagacidad y juicio superiores á su edad; empero mostraba también un carácter resuelto y decidido; cuando creía tener razón difícilmente cambiaba de parecer. Así es que sus compañeros de estudios le amaban y le respetaban á la vez, porque sabía mejor que nadie reconocer y apreciar los defectos y cualidades de sus camaradas.

La infancia de Mastai no habia sido marcada por ninguna aventura extraordinaria, un solo suceso interrumpe la monotonía de los recuerdos de su infancia. Jugando un día cerca de un estanque, acometido repentinamente de un vértigo, privado de conocimiento, cae en el agua, donde infaliblemente se hubiera ahogado sin la asistencia de un joven pastor, que, habiéndole visto caer, se precipita detrás de él en el estanque y lo salva. Este accidente revelaba una terrible enfermedad que debia servir para conducirle al alto destino que en sus profundos misterios le reservaba la Providencia divina.

En 1811 el emperador Napoleón dió un decreto para la formación de regimientos con el título de Guardias de honor. Esta tropa escogida reclutase en todos los departamentos del imperio, desde Hamburgo á Roma, desde Amsterdam hasta Venecia. La ciudad de Sinigaglia da su contingente; y uno de los hijos del conde Mastai, Juan María, de edad de 19 años, forma parte de él. El joven

(I) Debemos á la complacencia de nuestro amigo y colaborador el señor conde de Fabraquer, la inserción de este artículo, extractado de la excelente obra que con el título de LA REVOLUCION DE ROMA, HISTORIA DEL PODER TEMPORAL DE PIO IX, acaba de dar á luz hace muy pocos días, y cuyo anuncio ponemos en las cubiertas de este número.



guardia de honor sirve en el primer escuadrón del primer regimiento con franceses, porque este cuerpo se había reclutado en los departamentos del Norte, del Paso de Calais, de la Somma, del Sena, y en los departamentos de Italia. El guardia de honor, Mastai, se muestra en el regimiento lo que había sido en el colegio: buen soldado, excelente camarada. Aun existen antiguos guardias del primer escuadrón, que conservan buen recuerdo de Mastai.

Después de la caída del imperio francés, Juan María Mastai titubea sobre la carrera que ha de seguir.

Pío VII, puesto en libertad en Fontainebleau a fines de 1813, marcha directamente a Roma, en donde toda la ciudad le recibe en triunfo, empero donde todo tenía también que organizarse, faltándole dos poderosos elementos de organización, dinero y hombres: el tesoro pontifical estaba exhausto, y el personal de su gobierno dispersado por toda la extensión del imperio francés.

Para reconstruir lo que los sucesos habían arruinado, era preciso tiempo ante todas cosas. La reacción contra la Francia en 1814 y 1815, y contra todos los que la habían servido, aunque forzosamente, se manifestó en todas las naciones y en todos los que, esclavos de Napoleón durante su dominio, se vengaban de su fortuna, despreciando a los que habían tenido parte, ya en las glorias de sus ejércitos, ya en la administración de su gobierno.

El conde Mastai-Ferreti, personalmente conocido de Pío VII, viene a Roma, bajo su alta protección, a solicitar del príncipe Barberini, comandante superior de las Guardias nobles, una plaza en este cuerpo distinguido. El príncipe rehúsa acceder a su petición, porque no conceptúa suficiente la robustez del joven Mastai para las fatigas del servicio; empero sus dificultades ceden ante el interés que Pío VII manifiesta por su protegido, y Mastai logra ser admitido en la primera vacante que ocurriese en los guardias de Corps del pontífice.

Mastai, aguarda que una vacante le llame al servicio, y se consagra en Roma a recorrer los lugares célebres de la ciudad reina del mundo, tratando de ocupar el tiempo según las excelentes disposiciones de su corazón. Había en 1817 en Roma un modesto establecimiento de beneficencia, que había atraído particularmente la atención y el interés del joven conde; establecimiento de cuya fundación vamos a dar una ligerísima idea.

Un maestro de obras, Giovanni Borgi, que no había recibido, como la mayor parte de los hijos del pueblo, ninguna especie de educación, empero de corazón noble y generoso, y que había ganado mucho dinero en su oficio, resolvió consagrar éste a la fundación de un hospicio para los hijos de los albañiles pobres y enfermos. Recordábase haber sufrido en su juventud muchos padecimientos, y este recuerdo le excitaba a realizar su proyecto. En efecto, el anciano Giovanni recogió los huérfanos que entraban por las calles, y los llevó a su propia casa. Llamaba a sus hijos a estos infelices, que encámbiolo daban el nombre familiar de *Tata* (*Papá*); y de esta palabra amorosa dada por los pobres a su bienhechor, ha tomado nombre este hospicio. El pobre albañil ocupaba a sus alumnos en ejercicios de piedad; les distribuía diariamente el pan y los mandaba a sus respectivos talleres, ofreciéndoles en su casa un asilo por la noche cuando volvían de su trabajo.

El albañil no podía transmitirles una educación que no había recibido, no podía enseñar lo que ignoraba; pero su ardiente caridad busca algunos sacerdotes y seculares que consagren una hora cada noche a enseñar a leer y a escribir, a educar a sus huérfanos. El joven conde Mastai fué uno de los que se brindaron a dar lección a estos infelices, frecuentando todos los días el hospicio de Tata Giovanni, mientras aguardaba su entrada en el cuerpo de guardias de Corps. ¡Cuántas veces los niños

al volver de sus trabajos recibían de él lecciones de lectura, escritura, de cálculo y de geometría! ¡Cuántas veces la dulzura que resplandecía en su carácter, los animaba al estudio o los reprendía su pereza!

Un día a la hora acostumbrada el joven conde Mastai no se presenta en Tata Giovanni; en vano los huérfanos que le aman con ternura, aguardan hasta la hora de cenar. En la calle un joven, presa de una violenta convulsión, está a pique de ser atropellado por un coche; aquel joven era el amigo de los pobres, era el conde Mastai, a quien entran en el hospicio sin conocimiento.

En breve sábase este accidente, y el príncipe Barberini, espone a Pío VII que su protegido, atacado de una enfermedad epiléptica no puede formar parte de los guardias de Corps (1).

Las esperanzas de Mastai se desvanecen, la carrera militar se cierra para él, empero entonces decide consagrarse enteramente a Dios; siente su corazón lo que jamás había sentido; recuérdase el vértigo de San Pablo, y preguntase a sí mismo si cuando se agitaba en las piedras de la calle con la convulsión no le había hablado una voz, como habló diez y nueve siglos antes al apóstol de las gentes!!!

Mastai renuncia al mundo. Durante tres años conságrase al estudio de la teología bajo la dirección del abate Graziosi, en la academia eclesiástica, y sus visitas entonces a Tata Giovanni son mas frecuentes que antes; lo que había emprendido como hombre de mundo, por bondad de su corazón, lo continúa como apóstol.

Mastai siéntese inesperadamente curado del mal que le había cerrado las puertas del mundo, y determina irrevocablemente su vocación al estado eclesiástico; demanda las órdenes sagradas y el sacerdocio, empero no puede obtenerlo si no con la condición de celebrar en oratorios privados, o si quería celebrar en la iglesia que le acompañase siempre un sacerdote. Acude al santo pontífice Pío VII, su protector, quien le alzó esta restricción, celebrando su primera misa el día solemne de pascua de 1819. Antes de recibir el sacerdocio había sido nombrado por Pío VII director del hospicio de Tata Giovanni. En 28 de marzo de 1823, es nombrado canónigo supernumerario en la iglesia de Santa María in lata.

En 1823, el gobierno pontifical resolvió enviar a Chile, en la América meridional, un vicario apostólico para la solución de las cuestiones relativas al clero de aquellos países.

Las posesiones españolas de América habían proclamado su independencia; ninguna nación las había aun reconocido: la misión era, pues, delicada, arriesgada, difícil. Encargóse de ella monseñor Muzzi, arzobispo in-partibus de Philippe, vicario apostólico de Chile, Peru, Méjico, Colombia y todos los países de América que acababan de sacudir el yugo de la metrópoli española. El joven abate Mastai, canónigo supernumerario de Santa María in-lata, fué agregado a esta legación en cualidad de auditor con el abate Sallusti, que debía llevar las funciones de secretario y cronista.

El 3 de julio de 1823, sale de Roma esta legación. Llega a Génova Mastai a bordo de la fragata Eloisa, y apenas toca en esta ciudad, sabe la muerte de Pío VII, cuya pérdida le aflige profundamente, pues no podía olvidar que Pío VII había sido mas que el amigo de su

(1) El príncipe Barberini, capitán hoy de los guardias del papa, como en tiempo de Pío VII, al presentarse a besar el pie de su soberano, después de la elección de Pío IX, de aquel mismo a quien veinte y nueve años antes no había juzgado bueno para ser un simple guardia de Corps, fué no solo confirmado en su empleo sino que le dijo con la mayor bondad Pío IX. — Gracias a vos ha sucedido esto. No creerías que negándome una charretera, me concedería Dios un día una tiara.



padre, mas que el protector de su juventud, pues le debía la nueva vida que habia abrazado.

La legacion se dirige al arzobispo de Génova que les da generosamente la hospitalidad. Este arzobispo era Luis Lambruschini. Aquel principe de la iglesia acoge benigno y da la hospitalidad en su palacio á aquel joven eclesiástico desconocido, que iba á llenar una mision en el fondo de la América, al que veinte y tres años mas tarde volveria á encontrar en Roma, en el cónclave de los cardenales, y cuya presencia le impediria ocupar el trono de San Pedro, cuando tenia las mas fundadas esperanzas. ¿Quién le hubiera dicho que cuando mas tarde, la opinion del pueblo y el odio popular le persiguieran, se veria precisado á implorar la clemencia del simple canónigo supernumerario, que besaba con religioso fervor su mano?....

Hasta el 5 de octubre se vió forzado á detenerse Mastai en Génova, y este dia la fragata Eloisa continuó su navegacion, que fué feliz algun tiempo; empero el dia 19 por la noche, un fuerte huracan arroja á la fragata sobre las costas de las islas Baleares, y á fuerza de gran trabajo lo gran ganar la rada de Palma, donde les aguardaban nuevos peligros, nuevas amarguras.

Reconocidos los papeles de los pasajeros que conducia la Eloisa á las colonias españolas en rebelion, monseñor Muzzi y Mastai son conducidos á un calabozo, en donde comienza rudamente el aprendizaje de su mision. Mastai-Ferreti debia aprender en este viage, y sufrir por si mismo lo que puede la injusticia y la arbitrariedad, para poder un dia sobre el mas bello trono del mundo condenarla.

Cinco dias duró su prision, empero una reclamacion de los cónsules de Cerdeña y de Austria, las protestas de monseñor Muzzi, y la intervencion del obispo de Mallorca, los hicieron poner en libertad.

A la altura de las Canarias, un bergantin corso combiano, aborda á la fragata Eloisa, y solo la pobreza de la carga del buque lo libera de ser presa de los audaces republicanos, que llegaron muchas veces hasta hostilizar los buques españoles á la vista de los puertos de la metrópoli á quien habian declarado la guerra.

Sorprendida mas allá de la línea por una gran calma, la Eloisa navega mucho tiempo á la inmediacion de un buque negro, que volvia á Rio Janeiro cargado de infelices esclavos, tendidos desnudos y encadenados sobre el puente como bestias feroces. Los lamentos de aquellos desgraciados mezclados con el ruido de sus hierros, quebrantan el corazon de Mastai.

Antes de arribar á las costas del Nuevo-Mundo, una tempestad terrible les sorprende, y Mastai que no habia conocido la vida de los mares, ni sus menores peligros, las noches sin sueño, los dias sin descanso, ve entonces en toda su estension los peligros del marinero, ese proletario del Océano, ese huérfano abandonado del mundo comercial.

El 1.º de enero de 1821, llegó la Eloisa al rio de la Plata. No entra en nuestro propósito referir los trabajos que experimentó la mision en los dos años que duró, ya por efecto del rigor del clima, ya por el proceder de aquellos gobiernos, con los que ni los mayores esfuerzos de moderacion y paciencia pudieron nada; trabajos que ha descrito el abate Sallusti, cronista de la expedicion, en dos tomos, en los que da los mas minuciosos detalles, y que ciertamente no podrá ser acusado de haber querido veinte y tres años antes, dar un romántico interés á la persona de un futuro papa. El vicario apostólico no pudo entenderse con las autoridades de la república, cuyas pretensiones eran incompatibles con los derechos de la potestad espiritual.

La mision de monseñor Muzzi no tuvo resultado alguno, y volvió á Europa con su auditor sin haber podido remediar los males que afligian á la iglesia de Chile.

Doblaron el cabo de Hornos, tocaron en Montevideo y en Gibraltar; echaron el ancla en el puerto de Génova la mañana del 5 de julio de 1825, y un mes despues entraban en Roma.

El conde Mastai habia tocado en las estremidades del globo, habia visitado las naciones mas cultas, y vivido entre pueblos semibárbaros; habia experimentado las arbitrariedades del despotismo, habia sufrido las persecuciones de repúblicas anárquicas! Su corazon se habia fortificado en la escuela practica de la desgracia.

Admitido en la prelatura romana, que confiere á sus miembros el privilegio de llegar á las mas altas dignidades y á los primeros cargos del gobierno pontificio, fué nombrado presidente del célebre hospicio de San Miguel, en Ripa-Grande; establecimiento fundado por Inocencio X, aumentado por Inocencio XII y altamente protegido por los papas Clemente XI, Clemente XII y Pio VI; escuela, sin contradiccion alguna, la mas antigua que para la enseñaanza de todas las profesiones manuales y artísticas, ha sido fundada en Europa, y en la que se recibe á los niños de ambos sexos y se ofrece un asilo á la ancianidad desvalida.

El abate Mastai que durante siete años habia vivido entre los pobres de la clase menesterosa, desplega en este grande teatro que se ofrece á su caridad inmensa, las grandes cualidades que le habian adquirido la admiracion de los pobres en Tata Giovanni, el mayor orden, la mayor actividad, el mas puro desinterés. Jamás el hospicio de San Miguel fué administrado con mas sabiduría y economia, jamás los enfermos y los huérfanos fueron tratados con tanto cuidado y benevolencia.

En el consistorio de 21 de mayo de 1827, Leon XII eleva al conde de Mastai-Ferreti al arzobispado de Spoleto.

Esta capital de la Umbria era en la antigüedad la ciudad principal de la Villumbra. Su obispado data desde los primeros siglos de la iglesia, y fué sometido inmediatamente á la Santa Sede. En 572, Longino, exarca de Ravena, establece en Spoleto, duques, bajo la autoridad y dependencia de los emperadores de Oriente, Carlo-Magno dona este ducado al papa en 780.

Cinco años rige el conde Mastai la iglesia de Spoleto, dejando en ella admirables recuerdos de su administracion tan paternal como ilustrada. Su palacio está siempre abierto para los hombres de todos los partidos y de todas las opiniones, á todos dispensa la bondad y la dulzura que atesora su corazon.

Cuando en 1830 la revolucion francesa conmueve á la Europa, Bélgica imita el ejemplo de aquella y recobra su independencia, y la Polonia emprende una lucha, cuyo fin debia ser la pérdida de su nacionalidad y la muerte de sus mas ilustres hijos; el movimiento se propaga á la Italia, y una insurreccion general en los estados de la iglesia conmueve las ciudades y amenaza á Roma misma, que implora la proteccion del Austria. El conde Mastai mantiene la tranquilidad en su diócesis, empero los insurgentes de otras ciudades huyendo de los austríacos, llegan hasta los muros de Spoleto, y penetran en la plaza. Las tropas extranjeras van á atacar la ciudad, cuando el arzobispo les intima que se detengan, ofreciendo él solo desarmar á los rebeldes. Detienen-se los austríacos. Mastai arenga á los insurrectos, les hace ver la inutilidad de la resistencia, los peligros que atraeran sobre la ciudad entera, y la desgracia inevitable que caerá sobre él mismo. Conmovidos al ver sus lágrimas, al oír su discurso, aquellos jóvenes renuncian á prolongar la guerra civil, y depositan sus fusiles á los pies del que un dia debia recompensar su sumision dándoles libre y espontánea libertad, que no podian conquistar por la revolucion y la violencia. Spoleto, pues, vió desaparecer de su horizonte los colores austríacos y se entregó ébria de alegría, á las



entusiastas manifestaciones que debían ser el preludio de las que después debía recibir en la ciudad eterna su santo obispo.

El movimiento insurreccional de los estados pontificios había poblado las cárceles y las fortalezas de Roma. No le bastaba al gobierno de Lambruschini que los insurgentes hubiesen depuesto las armas en Spoleto; un comisario político marcha de Roma para hacer investigaciones, y para conocer los nombres y el retiro de los autores de la rebelión: había muchos ya en el destierro; empero de otros no se tenían noticias, y habían escapado á la vigilancia del gobierno.

El agente cumple con celo su comisión, y espera de sus resultados una gran recompensa. Antes de comunicar el resultado de sus investigaciones á Roma, presenta su relación al obispo, que la lee una y otra vez con el mas detenido cuidado; empero apenas ve sobre el fatal papel tantos nombres de sus diocesanos, tantos respetables padres de familias, su corazón se estremece á vista de las funestas consecuencias que deben seguirse. El fuego ardía en la chimenea, sobre la que Mastai apoyaba su trémula mano; fija su vista dulce y afable sobre el comisionado y le dice sonriendo: *no conocéis vuestra profesión y la mía; cuando el lobo quiere apoderarse de las ovejas, se guarda bien de prevenir anticipadamente al pastor del rebaño*; y arrojó en el mismo momento el papel á las llamas. Mastai advierte á los proscritos, cuyos nombres había conservado en su gran memoria, y todos escaparon del peligro. La noticia de esta acción, verdaderamente apostólica, incomodó al gobierno pontificio, en cuyos consejos dominaba el espíritu de reacción. Gregorio XVI llama á su presencia á Roma al conde de Mastai; empero este ministro de Cristo se disculpó con el Evangelio en la mano; la dulzura de sus palabras penetró en el corazón del inflexible pontífice, queda tan satisfecho de su conducta que en el consistorio de 17 de diciembre de 1832 lo trasladó al obispado de Imola.

Esta ciudad es menos considerable que Spoleto, empero su obispado conduce directamente al cardenalato. Imola es la antigua *Forum Cornelii* de los romanos; su obispado data desde el IV siglo, y era sufragánea de Bolonia; el papa Paulo IV lo sometió directamente á la Santa Sede. Tres de sus obispos han ocupado la cátedra de San Pedro. Alejandro VII, de la familia de los príncipes de Chigi, que murió en 1667 después de un pontificado de 12 años; Pío VII, y Pío IX.

En vano las personas notables de Spoleto vienen en diputación á Roma para suplicar al papa que les conserve su antiguo pastor.

El conde Mastai llega á Imola precedido de una re-

putación apostólica, y allí continua su vida pastoral. Reforma la disciplina y fomenta la instrucción de su clero; abre asilos á la horfandad, á imitación de los hospicios que tan hábilmente había dirigido; coloca las hermanas de San Vicente de Paul á la cabeza de los establecimientos de Imola; se ocupa él mismo de la administración y contabilidad de estas casas; reforma los estatutos del hospital; corrige con mano tan firme como prudente los abusos de la administración interior, y establece para el clero una casa de retiro en el convento de Piratello; finalmente, descendiendo á las prisiones, y consuela á los afligidos.

En 1839, Gregorio XVI lo declaraba *in pectore* en el consistorio de 23 de diciembre, y lo proclamaba cardenal del título de San Pedro y San Marcelino en el de 14 de diciembre de 1840.

El nuevo cardenal no vió en esta nueva y eminente dignidad sino un motivo mas para redoblar su ardor y su caridad en favor de los pobres y desvalidos. Mas pobre que los pobres de su diócesis, sus rentas las invertía todas en los establecimientos de beneficencia, y en las limosnas particulares. Su mayordomo Ballardelli había siempre vacía su caja. Uno de sus últimos actos, y de los mas importantes en Imola, fué la fundación de una casa-refugio para las mugeres arrepentidas, y un asilo para aquellas cuya virtud pudiera correr peligros en el mundo. Existe en Angers en el departamento del Maine-et-Loire un establecimiento conocido bajo el nombre del Buen Pastor, cuyas religiosas están destinadas por instituto á abrir y dirigir casas de refugio para las jóvenes que habiendo caído en el vicio quieren volver al bien. El cardenal Mastai quiere extender esta piadosa institución en su diócesis, y el 2 de setiembre del año 1845 cuatro hermanas del Buen Pastor llegaban á Imola, y se alojaban en casa del mismo prelado, interrumpiendo este á su costa les preparaba la casa del refugio, donde debían recibir á las jóvenes penitentes que arrancaran del vicio.

Todos los años se dirigía el santo obispo á los retiros que para el clero había establecido en el Piratello.

Un correo había llegado á Imola el 6 de junio de 1846; el obispo no se hallaba en su palacio, sino en el retiro exhortando á su clero; su mayordomo le entregó los despachos en que le participan que Gregorio XVI no existía ya. Mastai sale de Imola, á cuya iglesia no debía volver jamás. Llega á Roma el 14; entra el 15 en el cónclave, y el 16 es proclamado pastor de todas las iglesias del mundo católico, y va á ceñir la triple corona de padre de los príncipes, guía de los reyes sobre la tierra y vicario de Jesucristo!!

EL CONDE DE FABRAQUER.

## COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

### UN AÑO EN MADRID.

#### II.

#### FEBRERO.

Tiritando de frío por las heladas de su antecesor, viene al mundo el segundo hijo del año, enfermizo y raquítico, hasta el extremo de morir tan joven, que si su padre no duerme la siesta dos veces solo vive 28 días,

y aunque el año sea *bisiesto*, muere á los 29. Es por esta razón el mas mimado de la familia, y sus calaveradas le han valido el justo renombre de *loco*. Dispone á su antojo de los elementos, y tan pronto se entretiene en robar el calórico de la atmósfera, poniéndonos á 8 grados bajo cero, como en regar la tierra, para secar después con su frío aliento las tiernas hojas de la inocente semilla, que tuvo la imprudencia de asomarse á saludar la temprana primavera. Su mayor diversión es reunir las nubes representando con ellas el diluvio universal, y sin dignarse avisarnos para que construyamos un arca, suele convertirnos en ranas, dejándole á marzo



el cuidado de secarnos con su incansable fuelle. Pero si oye que los labradores le llaman *febrero cebadero*, endurece la tierra de tal modo, que los granos no alcanzan en todo el año. Figúrase á veces que nuestros concejales, quieren contratar un nuevo pavimento para las calles de Madrid, y de la noche á la mañana tiende una alfombra blanca como la nieve y mullida como un colchón de pluma. Seca de repente la atmósfera, y nos deja un suelo de cristal, sobre el cual nos resbalamos y caemos, gracias á la dulzura de su aliento que se entretiene en ayudarnos. Si apreciando sus cristales nos ocurre cubrirlos echando paja ó serrín por las calles, entonces se divierte en quemar la alfombra con un sol de julio que le presta su hermano agosto, y nos pone perdidos de todo; en fin, baste decir, que no hay locura que no invente ni maldad que no medite para atormentarnos. Seguramente el señor Numa Pompilio le añadió al año, para castigo de la raza humana, y algún alma caritativa (médico quizás) le abrevió los días de su vida para que hiciera menos estragos. Pero yo que he ofrecido á mis lectores no salir de Madrid en todo el presente año, habré de tomarle tal cual es, y divertirme con las máscaras que me proporciona.

Venga en horabuena su día 1.º y plázcame ó no el saberlo, quiera ella decirlo ó callarlo, preguntémosle á mi vecina la beata, para qué diablos engalana con lazos colorados y azules ese hermoso par de pichones moñudos que con tanto regalo y tanto mimo ha criado en su propia casa. Averiguemos por qué los coloca en un canastillo tan lujoso, y sepamos á la vez qué torta es esa que tiene encargada al confitero de la esquina. Pero vive Dios, lector, que yo sería muy torpe en hacer semejante pregunta, y darianme por esa ignorancia el horrible dictado de herege, sin que me valiera la bula de Meco, ni la torta de Orche. (Que aquí entre paréntesis y aunque me oigan los orchanos, te digo que es la torta mas grande que pudiera imaginar el hambriento Heliogábalo) Figúrate que es una torta compuesta de 4 quintales de miel y ocho de harina, que la llevan en procesion el día 2 de febrero, y comen luego las gentes de veinte pueblos á la redonda.

¡Buena se pondría la beata conmigo si creyese que yo ignoraba su devoción á la Virgen, y que siendo al día siguiente la Purificación de Nuestra Señora, los pichones y la torta forman la ofrenda que ha de ir en la procesion! ¡Pues si que daría gusto oír si la preguntase, por qué había comprado en la cerería cuatro velas lujosamente rizadas! Dios me libre de semejante curiosidad, y cumpla ella en buen hora sus devociones á la virgen de la Candelaria, que tras de un tiempo otro viene, y si por San Blas la cigüeña verás, también dicen los valencianos que si la Candelaria *plora l'ivern fora*, y si no *plora ni dins ni fora*, y si tú lector, dices que esto no viene á cuento, todos teneis razon y punto concluido.

Mientras te pasa el enfado, me voy hácia el pascó de Atocha, á ver como se celebra en el día 3 de febrero la romería de San Blas. Aunque los certezanos tienen tanto gusto para esta clase de fiestas como los ingleses para vestirse de toreros. Has de saber que ni ermita propia tiene ya el bueno del santo. A pesar de haber sido obispo y abogado de los males de la garganta, vive de prestado en la capilla del *Angel*, donde apenas cabe uno solo; tanto es pequeña y pobre. Gente acude mucha, pero toda la diversion consiste en andar de un lado para otro, subir á merendar al cerrillo del Observatorio, si el tiempo lo permite, que no suele tener tanta bondad, y volver cada cual á su casa, diciendo que ha estado en la romeria. Véndense allí algunos bollos llamados *panecillos del santo*, y son una especie de moneda de harina, agua y azúcar que vino á la corte en barras, por Navidad, la acuñaron despues los confiteros con el busto de San Anton, sirvió luego para el reinado de San Sebastian y

el de San Ildefonso, y corre en tiempo de San Blas, que la retira de la circulacion hasta la república del día 1.º de noviembre.

A todo esto el tiempo, verdadero Judío Errante de la eternidad, da fin del día 3 de febrero, y *anda anda*, hasta llegar al cuarto; encuyodia cumple á mi propósito hacer alto para coger el calendario y ver si la Cuaresma cae alta ó baja como dice el vulgo. Pero cálate, lector, que la tenemos tan próxima, que si no aprovechamos el tiempo, apenas nos pongamos la careta nos la habremos de quitar para cubrirnos la frente de ceniza y prepararnos á la penitencia y á los ayunos. Razon tenían los habitantes del alto círculo aristocrático para empezar sus reuniones semanales en el mes de enero, y torpe andube yo en no seguir su rumbo, ingiriéndome en alguno de esos *saraos*, siquiera tuviera el trabajo de llamarlos *soirés*. Ahora apenas tengo tiempo de aprender á hablar francés, y ó he de pasar por cuerdo ó no puedo tener la honra de ser admitido en esas fiestas *eclatantes*, que el vulgo soez diría deslumbradoras. Habremos de tener paciencia en justo castigo de nuestra ignorancia, y contentarnos con leer el *juicio critico* que publica el *Regenerador*, periódico de política destinado á defender los intereses materiales de los pueblos, sobre el primer baile de una de las primeras notabilidades de la corte. Si el lector no entiende alguna palabra, le aconsejamos que en vez de tener paciencia, tenga á la mano un diccionario francés-español ¡Quiera Dios que así logre lo que yo no he podido lograr ni así ni así!

Dice así el periódico en el último de sus artículos de fondo nada menos.

«Ayer tuvo lugar el brillante acontecimiento que intrigaba los ánimos de nuestras hermosas y que era esperado con ansia de los jóvenes liones de Madrid... ¿Comprenderán nuestros lectores que aludimos á la brillante *soiré* de la espirituosa condesa de O...? Será preciso decirles que anoche se miraron abiertos los elegantes salones de esa reina del buen tono, y que su proverbial *esprit* y el á propos con que hace siempre los honores de su casa, reunió en ella la sociedad mas escogida de la corte?... No por cierto!... Todos tienen noticia de esa novedad aristocrática que por espacio de dos meses ha sido el tema favorito de los círculos del buen tono, y nuestra noticia crisparia con justa razon los nervios de nuestras lectoras. Limitaremos nuestra tarea á enumerar las notabilidades de la reunion, dejando para otro día el describir como corresponde una fiesta que por mas de un título dejará un recuerdo *ra-vissant* en el ánimo de las lionas y de los dandy.

«La jóven condesa vestia un traje de ilusion; glacé plateado, y adornaba su graciosa cabellera con un prendido de marabú á la Praslin.—La seductora duquesa de A... lucia un traje de fantasia, gro-moore caña, y la riqueza de los diamantes que ceñían su negra cabellera, luchaba por eclipsar el brillo de la nacarada frente de esa joya aristocrática.—La fascinadora marquesa de B.... arrebatada con su vestido de capricho, y una delicada camelia era el único adorno de su hermosa cabeza.—Las señoritas de X... hacian ilusion con sus graciosos trages blancos sembrados de flores.—Las siempre amables hijas del general Z... tenían un encanto inesplicable.—La elegante esposa del célebre capitalista G... deslumbraba por la riqueza de sus calhajas, y el buen tono de sus maneras.—En suma todas las señoras que asistieron á esa brillante *soiré* rivalizaron en lujo y en hermosura.—Sentimos que la hora avanzada á que se concluyó la fiesta no nos permitiera detenernos á enumerar todos los encantos de esa noche que dejará un eterno *souvenir* en el ánimo de los que como nosotros tuvieron la honra de ser invitados.—Otro día seremos mas largos, y hoy concluimos diciendo que á la puerta del salón se repartian



«graciosos bouquets de flores del tiempo. que el buffet estuvo servido con profusion y buen tono, y que esta «soiré no tendrá rival hasta que tenga lugar el raout, «que segun se asegura, dispone la siempre graciosa «baronesa de U... en su risueño chateau de cam-  
«paña.»

Artículos de ese jaez, que todos los dias aparecen en nuestros periódicos, servirán con el tiempo para estudiar nuestras costumbres, y sirven hoy para olvidar el idioma de nuestros padres, sin enseñar ningun otro á sus nietos. Esas *espirituosas* señoritas que tienen por oficio *hacer ilusion* á los jóvenes *liones* en una *soiré* y que salen al público representadas por las letras del alfabeto, se *crisparán* al oírnos, y con su *proverbial esprit* dirán que no somos á *propos* para el siglo presente. Orgullosas con oír decir que fascinaban y arrebatában con sus trages de *fantasia* y sus adornos de *capricho*, se reirán de estos artículos, tapándose la boca con el *bouquet*, y para convertirnos, nos hablarán del espléndido *buffet* que *les fué* servido en el *raout*, ó nos llevarán á una *matiné musical*, para que la señora de la casa nos *haga los honores* sirviéndonos un *plateau*.

Pero nosotros hemos resuelto morir impenitentes, y aun que asistamos á esos *sara-s*, donde acuden los jóvenes *petimetres*, no veremos *hacer ilusion ni honores*, sino *agradar y recibir* con la amabilidad debida á los convidados; y ni los *ramos* nos parecerán *bouquet*, ni llamaremos *buffet al ambigü*, ni acometeremos ansiosos el *ramillete* porque se llama *plateau*. Todo eso para nosotros es una mera cuestion de nombres; y ni el empezarse nuestros bailes á la hora en que terminaban los del siglo pasado nos aflige, ni vemos en ello otra influencia que la de la moda, verdadera *incarnacion de la veleidad humana*. ¿De qué sirve hablar francés ó inglés en esas reuniones, si las abrasadoras miradas de nuestras hermosas han de quemar la fria gravedad inglesa, que quieren aparentar á despecho de sus animados semblantes?... ¿Qué vale llamar buffet al ambigü, si nuestra proverbial galanteria, no ha de permitir que las señoras se sirvan por sí solas, como sucede en las *cultas* regiones que en vano queremos imitar? Digan lo que quieran, yo sé que no quieren lo que dicen, y les voy á enseñar el verdadero Carnaval de Madrid, con todas las modificaciones que ha sufrido, merced á la nueva forma de gobierno que hoy tenemos, y á otras cosas por el estilo que no son de estelugar, ni lo serán de ningun otro, interin Dios me tenga de su mano, para que yo no vuelva á poner la mia en asuntos políticos. Todo me parece bueno en esas materias, menos tomarme el trabajo de examinarlas. He resuelto «no salir de mis trece», y aunque pensaba que estos artículos fuesen doce, escribiré uno mas para que «el diablo no se ria de la mentira» y ahora sigo el presente para que el lector no se ria de mis digresiones. Y por si ya se hubiere empezado á reir y á mi me diere de ello vergüenza, cosas ambas que ignora, cúbrome el rostro con la careta, y á través de la carátula digo lo siguiente:

El Carnaval empieza, segun unos, el dia 7 de enero, y concluye en la madrugada del Miércoles de Ceniza; y solo dura en sentir de otros, los tres dias antes de la Cuaresma, propiamente llamados de *carneistolendas*. Pero en estas cuestiones los mas ponen la ley á los menos, y la mayoría de nuestro pueblo se pinta sola para prolongar las fiestas. Nuestros artesanos llevan muy á mal que se les haga observar el precepto del domingo, y es tal su amor al trabajo, que pasan el lunes renegando del tiempo que han perdido la vispera, y emplean el sábado en lamentarse de que sea dia festivo el siguiente. Esto lo sabia yo antes de haber visto dos mil vagos en medio de la Puerta del Sol ocupados en ver un mozo que se paseaba con un cartelón en el que se leían estas palabras: *Organizacion del trabajo*.

Sucede por lo tanto que el Carnaval de Madrid es todo lo grande que permite la estacion, y el reinado de la careta se anuncia desde la 1.<sup>a</sup> quincena de enero, aunque no ejerce su verdadera dictadura hasta los últimos dias de la temporada. Los bailes de máscaras, han servido á muchas gentes de barómetro para averiguar si caían ó no en desuso semejantes fiestas; pero han sido chasqueados en sus observaciones, como lo sería el que quisiese medir lo que se come en Madrid por la gente que concurre diariamente á las fondas. Dicen que se ha perdido el gusto á las máscaras porque los bailes públicos no están tan concurridos como hace algunos años, y no se acuerdan de que habian estado prohibidos mucho tiempo, y aquel furor de disfrazarse no era otra cosa sino el apetito natural de una generacion nueva que corre tras de un goce nuevo, y que le apura frenética hasta encontrar las heces. ¿No haya miedo que á nuestros hijos les suceda otro tanto! Sus madres han cuidado de llevarlos á los bailes desde muy niños y como, el ruido de la orquesta no les deja dormir, tienen tanto horror á las máscaras como miedo al bú. Si ellos abandonan esos bailes, la generacion que venga despues los acogerá con el mismo entusiasmo que nosotros.

Otras causas no menos influentes pudiéramos citar en apoyo de lo que dejamos dicho; pero de nada servirían á nuestro propósito, porque nosotros estamos persuadidos de que el verdadero Carnaval de Madrid no le constituyen los bailes públicos. Esa diversion es una de tantas insignias extranjeras como diariamente queremos lucir sin tener donde llevarlas. Para conocer las verdaderas costumbres de la corte en la temporada de *carneistolendas*, es indispensable que yo presente á mis lectores en casa de mi apreciable amigo don Policarpo Sainz de la Vega, regidor cesante, á pesar de su regiduría perpetua, de esta M. H. villa, y ex-oficial de la antigua contaduría de Espolios y Vacantes.

En una modesta casa de dos pisos que heredó de sus padres en la plazuela de Aflijidos; con el fruto de sus economías y el buen arreglo de su cara mitad, vive don Policarpo, esperando todos los dias la entrada triunfal de Carlos V en la corte de las Españas; y sin haberse podido convencer aun de que un gefe tan valiente como Zumalacárregui, se dejase matar en el sitio de Bilbao. Para él no hay duda de que aquella muerte fué supuesta, por convenir así á los intereses de la causa carlista, y cree que el desgraciado general está oculto en el extranjero hasta mejor ocasion. Quitarle á mi amigo sus esperanzas y desvanecerle sus ilusiones, sería imposible, y yo por mi parte, no lo intentaría jamás. Ellas le han dado valor para soportar las privaciones á que le ha condenado la revolucion y sería una iniquidad robarle la única joya que ha podido salvar del naufragio político. ¡Dichoso él que tiene fe en algo, y pobres de aquellos que no la tienen ni en sí mismos! Harto trabajo tiene mi amigo con sostener la vacilante fe de su esposa, que compadecida de la oscuridad en que viven sus hermosas hijas, quiere liberalizarse alguna cosa para darlas estado.

Cada nueva visita que reciben, ocasiona un disgusto en el matrimonio, que fuera de estos casos vive en la mejor armonía. Los tres tipos dominantes de la sociedad moderna, son precisamente los tres demonios que atormentan á don Policarpo. El novio de sus hijas no ha de ser ni empleado del gobierno actual, ni escritor público, ni mucho menos oficial carlista, de los que tomaron parte en el convenio de Vergara. Imagínese el lector, cuánto habrá de sufrir la pobre madre, que menos fanática que su esposo, se hace cargo de que el único patrimonio que puede ofrecer á sus hijas, es el proporcionarlas un buen esposo. No deja mi amigo de conocer que su esposa tiene razon, pero como él está persuadido de que el hermano de su difunto monarca, se ha de sentar en el



trono el día menos pensado, aplaza para entonces las bodas de sus hijas, y va contemporizando con los deseos de estas, permitiéndolas alguna diversion de las que jamas entraron en el sistema de educacion que pensó darlas. Pero, como él dice, y aprendió de Esopo, ni tan flojo que se deshaga ni tan tirante que se rompa.

Esa juiciosa reflexion es la que alienta, á la madre, órgano de los deseos de las niñas, á solicitar de don Policarpo el competente permiso para asistir á un baile de mascarar. Sirveles de pretesto el que los billetes han sido regalados por un contemporáneo de mi amigo, que aunque de opiniones carlistas, no deja por eso de divertirse entre los liberales, y es lo que se llama un viejo verde. El ataque no puede darse mas en regla, y cualquier otra persona que no estuviese tan parapetada como mi amigo en sus antiguas creencias, cederia á los ruegos de la familia; pero él se toma tiempo para pensarlo, y á última hora no le falta un motivo legitimo que alegar para que sus hijas no asistan al baile. Prodigalas en cambio toda clase de caricias, y las ofrece un día de campo en la pradera de la Teja y llevarlas al teatro el Domingo de carnaval. Pero nada de esto satisface el capricho de las niñas, y es preciso que su padre las autorice para asistir á un baile de mascarar. Pónense en juego toda clase de resortes; citanle á don Policarpo cien familias de su clase que hacen otro tanto, y arrancan por fin el suspirado permiso con las siguientes condiciones: Primera, que el baile no sea publico, para que sus hijas no alternen con esas mugerzuelas que pagando un duro á la entrada, hacen ya informacion de buenas costumbres; Segunda, que no vistan trages deshonestos; y Tercera que no se disfracen de monjas ni de beatas.

La primera cláusula es algo difícil de cumplir, por que precisamente las niñas ya han asistido otros años á esos bailes de casa particular, y lo que ellas quieren es presentarse en los de Villahermosa, que tanto les han elogiado sus amigas. No habia otro medio sino engañar á don Policarpo; pero á eso no se presta la madre, y es preciso por lo tanto buscar billetes para algun baile de sociedad, ó resignarse á ser presentadas en alguna casa particular donde se disfrazan media docena de familias todas conocidas.

Esto último agrada sobre manera á mi amigo, y le decide á contribuir por su parte á la diversion de sus hijas, sacando de entre sus papeles el ceremonial de la corte de Carlos III, para que por aquellos figurines y con ciertas cortinas de damasco antiguas se hagan los trages. El mismo se encarga de hacer las caratulas con unos retazos de raso blanco que sobró de una bandera que bordaron las niñas para el ejército carlista.—Y suplico encarecidamente á la policia que no se dé por entendida de esta noticia, porque bastantes sustos pasó mi amigo mientras se bordaba, y buen trabajo le costó enviarla el año 1837 á la corte de Oñate. Hoy día se consuela con saber que la conserva en su casa un cura del valle de Elizondo, que la pudo salvar de la suerte que sufrieron las del general Maroto.

El día del baile es el Lunes del carnaval, y las hijas de don Policarpo, que habian medido el valor de aquella fiesta por el trabajo que les habia costado alcanzarla, llevan un desengaño de los infinitos que sufre la humanidad al realizar sus mejores ilusiones. Mientras las niñas arreglan su trages, celebra mi amigo los tres jueves del Carnaval, llamados de *compadres*, de *comadres* y *jueves gordo*, comprando en cada uno de ellos un pastel de media vara de diámetro, conocido con el nombre de *ojalдре*. Recorre las calles de Madrid, y acude al salón del Prado en los tres días de carnestolendas, y allí se nos pierde de vista todos los años, sin que logremos encontrarle nunca. Hemos oido decir que suele irse á los barrios bajos á ver los muñecos de paja, que con el

título de peleles, mantean las cigarreras, y que se divierte mucho cuando le untan con yeso las espaldas; pero no creemos que sea cierta esa noticia. Este año se me ha perdido ni mas ni menos que los anteriores, y yo solo me voy á ver las mascarar publicas, que con permiso de la autoridad, ofenden la vista con sus asquerosos disfraces y escandalizan con sus palabras obscenas.

Madrid no será nunca un modelo para fiestas de ese género, porque la indole particular de sus habitantes no las consiente; pero serian menos malas de lo que son, si como hemos dicho en el artículo anterior, no fuera condicion de este pueblo el avergonzarse de su propio entusiasmo. El bando de la autoridad por el cual se permite á los madrileños andar por espacio de tres días con la cara cubierta, no produce otra cosa sino hombres vestidos de estera, mugeres disfrazadas de hombres con una escoba en la mano, tal cual muchacho con una cascaca al reves, y otros mamarrachos por el estilo y aun peores. Ni una comparsa decente, ni una caricatura picante, ni un disfraz de buen gusto; nada, en fin, revela que el pueblo se divierte con permiso de la autoridad; sino que retoza autorizado por la misma. Las mugeres de mal vivir, condenadas todo el año á arrostrar el desprecio de la sociedad, aprovechan la ocasion que se les presenta de cubrirse la cara, y son las heroínas de la funcion. Tal cual estudiante de cirujia, envuelto en las sábanas de su patrona, se vale del bando para decir cuatro desvergüenzas á su catedrático en el paseo, y escita al propio tiempo la admiracion de las gentes, que no se rien del estudiante, ni de las gracias que haya podido decir; se rien.... estoy seguro de que no lo acierta el lector... se rien de la sábana!....

Esas son las mascarar publicas de la capital de España. Esa fiesta, es la que tiene por espacio de tres días, desiertas las oficinas, las tiendas y los talleres. El publico vive en las calles y en los balcones, olvidando de tal modo su propia defensa, que la atmósfera se ceba en repartir pulmonias, y los ladrones en mudar los muebles y las alhajas de unas casas á otras.

En los barrios bajos, donde se conservan algo mas puras las costumbres de nuestros abuelos, ó mejor dicho donde no se avergüenzan de practicarlas, se divierten de una manera mas variada y menos sucia. A la puerta de una casa se sientan 10 ó 12 mugeres, preparadas á reir en el momento que algun cándido transeunte quiera coger un duro que ellas han clavado en el suelo, ó desenvuelva una piedra que liaron con malicia en un papel. Una jóven graciosa se para detras de un caballero y le toca en el hombro con un guante henchido de harina que lleva atado al extremo de un baston, y cuando aquel vuelve la cabeza se encuentra con un rostro hermoso que se rie de haber empolvado el de su prógimo. Otra se desliza de puntillas para prender una maza ó rabo de papel á los que pasan por la calle, y sus compañeras cantan las tan inveteradas como estúpidas palabras de *daca la maza, que la lleva el borriquito que va á la plaza*, etc. Otras, en fin, se entretienen en mantear un pelele de trapo ó de paja, cantando aquello de:

Pelele, pelele,  
tu madre te quiere,  
tu padre tambien;  
todos te queremos,  
arriba con él.

Las bromas de esas gentes, que no tienen gran poesia tampoco, concluyen con una espléndida merienda, unos cuartillos de vino, y unos cuantos pliegos de papel sellado, que mas tarde emborronan los curiales para sacar los cuartos á los que de resultas de esas bromas, *mudaron aquella noche de domicilio*. (Y esta frase bonita que ha sustituido á la horrible de privar á un hombre de su



libertad, llevándolo a la cárcel, no es nuestra, pero está de moda y no queremos dejar de usarla á fuer de gente joven y por si conviniere aclimatarla).

Los bailes de máscaras (Q. D. H.) pretenden galvanizarse en esos días; pero no lo consiguen. Los almacenes de trages, llenos de estos á las doce de la noche, indican que nada basta á resucitar por ahora esa diversion. Cien dependientes de comercio que aprovechan todas las ocasiones que se les presentan de hacer una vez al año lo que nunca hacen (dormir fuera de sus casas) acuden allí de frac y sombrero, á oírse llamar judíos, por una máscara que les sacó fiado el traje que lleva, y los que ha dejado en casa por estar rotos; una docena de jugadores que pierden al champagne lo que ganaron al monte; otros tantos niños de la escuela moderna, que restituyen al fondista lo que sacaron del bolsillo de sus padres; y ciertas mugeres que contaban al ir allí con el comerciante, con el jugador y con el niño, esa es la concurrencia legítima de esos bailes hoy día de la fecha. Las demas personas que allí se encuentran, se hallan en

todas partes y no merecen ser citadas aquí. El elegante que entra á las dos y se retira á las tres; el provinciano que se marcha aburrido porque nadie le ha dirigido la palabra; el militar que asiste por tener un motivo de abandonar la guardia, y el empleado que se busca á si mismo un pretexto para faltar al día siguiente á la oficina, toda es gente que vá por no dejar de ir, y está dicho todo. He ahí los bailes públicos que tantos prosélitos tuvieron hace doce años! Así pasa todo en este mundo! Y como á él pertenecen los bailes de trages, que es lo que hoy priva, pasarán del mismo modo. Por cuyo motivo y por otros que me callo, hasta que pueda familiarizarme con la idea de que los hombres se disfracen sin cubrirse el rostro, guardo silencio sobre semejantes diversiones.

Y á proposito de diversiones, debo decir á vds. que la mejor que yo conozco es la de soltar la pluma, al concluir un artículo.

ANTONIO FLORES.



Daca la maza que la lleva.